

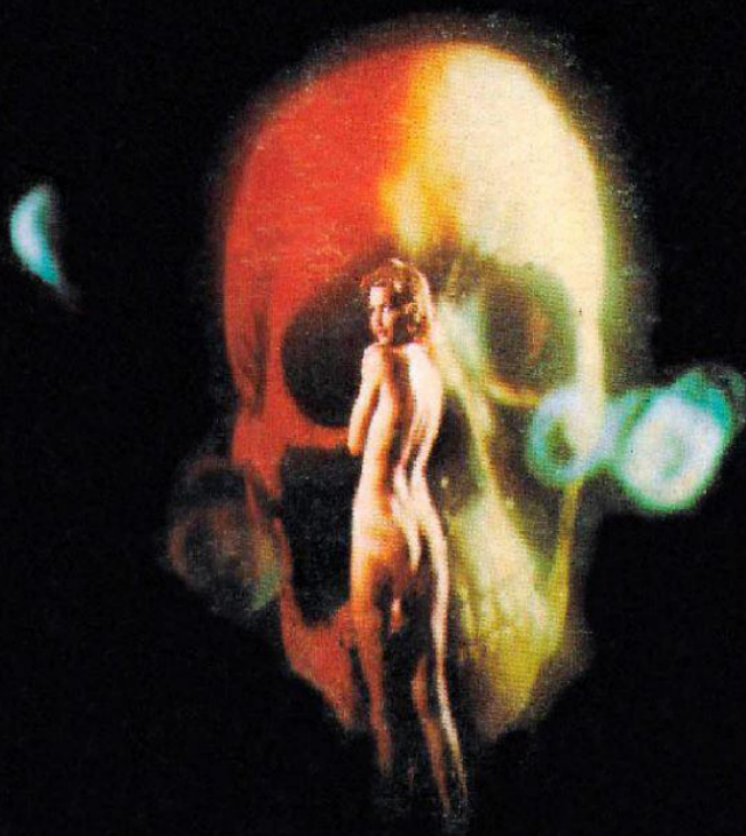
BOLSIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

# DEMASIADO TARDE PARA VIVIR

Burton Hare





COLECCION

# PUNTO ROJO

PUNTO  
ROJO







BURTON HARE

## **DEMASIADO TARDE PARA VIVIR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 817  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 38.274 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1977

© Burton Hare - 1977

texto



cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977



## CAPÍTULO PRIMERO

No era un bar elegante. Ni siquiera era limpio. Era uno de tantos tugurios que no cierran en toda la noche, y donde las horas del alba se desvanecen entre la neblina de humo concentrada entre sus paredes, mientras el olor rancio de la cerveza se agudiza tundiéndose en mil otros olores diluidos en la atmósfera.

A esa hora incierta donde no se sabe si muere la noche o nace el día, la atmósfera acre del bar era más densa que nunca, justo cuando ya apenas si quedaba nadie flotando en ella como en un turbio mar de frustración y alcohol.

El mozo había pasado revista a todas las reseñas de las carreras de caballos, había resuelto un crucigrama y comenzaba a mirar con impaciencia el reloj, cuando el hombre sentado en la mesa del rincón barbotó:

—¡Un doble, Jimmy!

El mozo hizo una mueca. Sirvió el *whisky* en el vaso, le añadió hielo y fue a llevárselo al cliente.

—Esta noche está batiendo su propia marca —comentó, disgustado—. Le veo durmiendo en la acera, señor Cord.

—¿La acera? Aún tengo una casa... ¿O no?

—¡Eso estuvo bien! No recuerda, tiene una casa o no la tiene... ¡Qué cosas!

—A menos que esté mucho más borracho que de costumbre, Jimmy, aún la tengo. Es una señora casa, ¡lo creas o no!

—¿Dónde? Nunca había hablado de eso, señor Cord.

—No acostumbro hablar mucho de mis asuntos.

—Oiga, ¿es usted casado?

—Un hombre no es casado o soltero, como es cojo, o manco, o ciego. Está casado, o soltero, Jimmy. Me gusta puntualizar en estos asuntos... En cuanto a tu pregunta, la respuesta es un tanto complicada, a fe mía...

—¿Por qué?

—Porque a estas alturas, ignoro si estoy casado o no.

—Oiga, de veras ha bebido demasiado esta noche. Eso del matrimonio es algo que no ofrece dudas, a mi modo de ver. Uno está casado o no lo está, es así de sencillo.

—No lo entenderías, y explicártelo requiere unas energías de las que carezco. Déjalo correr.

Bebió un sorbo, chasqueó la lengua y recostándose en el respaldo del reducido diván encendió un cigarrillo.

Tras una vacilación, él mozo regresó al mostrador meneando la cabeza. Ése era uno de los escasos clientes a quienes apreciaba, y se sentía profundamente disgustado al verle embrutecerse, noche tras noche, desde hacía meses...

Volvió a mirar el reloj. Aún faltaban tres horas para el relevo. Eso era otro motivo de disgusto, en una noche de perros como ésta en que no entraban ni las busconas de costumbre.

Estaba tan fastidiado que, cuando oyó abrirse la puerta, ni siquiera levantó la cabeza. Luego oyó el repiqueteo de unos tacones femeninos y miró.

La dama que acababa de entrar era como para prestarle atención especial, y Jimmy se la prestó. Supo sin ninguna duda que no se trataba de una buscona. Pero tampoco era lo que él llamaba una señora.

De cualquier modo, era un monumento con curvas tan pronunciadas, que seguirlas con la vista mareaba. Sus piernas eran largas y perfectamente proporcionadas.

—¿Qué va a tomar? —balbució, inclinándose por encima del mostrador. Desde esa perspectiva podía bucear en las profundidades doradas de un escote in creíble.

Ella se quitó los finos guantes, guardándolos en el bolso. Sólo entonces pareció advertir la presencia del mozo y levantando la cabeza dijo:

—Café. Negro.

—Está bien...

Ella paseó la mirada en torno, deteniéndola sobre cada uno de los clientes que dormitaban en las mesas. Por un instante pareció decepcionada. Luego, su mirada aguda cayó sobre el hombre del rincón y un chispazo cruzó por sus pupilas.

Se relajó visiblemente, sentada en el alto taburete. Durante los minutos siguientes se dedicó a sorber pausadamente su café negro. Encendió un cigarrillo y, tras dejar unas monedas sobre el mostrador, onduló hacia la mesa del rincón.

Estupefacto, el mozo la siguió con la mirada. Contemplar su suave contoneo era un recreo para la vista, pero no era eso lo que le dejaba absorto, sino el hecho de que una mujer, como ésa se interesara por él borracho de Cord.

Ella se detuvo delante de la mesa. Gordon Cord tenía los ojos cerrados y un cigarrillo humeante entre los labios.

Al fin, tras casi medio minuto de silenciosa contemplación, la mujer murmuró:

—¡Hola, Gordon...!

El parpadeó. Luchó por enfocar su turbia mirada y esbozó una mueca.

—¿Nos conocemos?

—Hace tiempo.

—No lo creo. Te recordaría.

—Me recordarías si no estuvieras sumergido en alcohol, como un feto en un tarro de vidrio.

—Ese lenguaje no es propio de una señora.

—Yo no soy una señora. Si lo fuera, no me hubiera acostado contigo.

—¿Que tú...?

Cord se enderezó de pronto, los ojos abiertos, el humedecido cigarrillo colgándole de un extremo de los labios.

—¿Tampoco recuerdas eso?

—No...

—Acapulco. En el 67.

—¡Cristo! Hace diez años...

—Yo no lo olvidé.

El se rascó la revuelta pelambreira.

—¿Cómo te llamas?

—Maryse Lecler.

—Maryse... Suena raro.

—¿Aún no recuerdas?

—Siéntate y bebe algo. Necesito cierta ayuda para despejar las brumas del pasado.

—Las brumas del alcohol, en todo caso.

—No lo repitas. Hace mucho tiempo que acallé mi conciencia.

Ella aproximó una silla y apoyó los codos sobre la mesa al sentarse. Sus ojos profundos y azules no se apartaban de la cara abotargada de él.

—Oí decir que estabas en las últimas, pero no lo creí. Tú no eres la clase de hombre que se hunde así como así. Ahora veo que se quedaron cortos. No eres tan duro como yo te recordaba.

—¡Palabrería! Nadie es tan duro como la gente cree.

—Tú sí lo eras. Te vi matar a un hombre con las manos desnudas. Casi le hiciste pedazos y eso no te alteró demasiado. Por lo menos, no lo suficiente para que después no pudieras acostarte conmigo.

—¡El checo! —exclamó Cord, de pronto—. ¿Cómo se llamaba...? Tenía un nombre condenadamente enrevesado...

—Baborovsky.

—Eso es. ¡Qué tiempos!

—¿Ya recuerdas?

—Sí.

—¿Todo?

—Todo.

Ella sonrió.

—Me llevaste a tu propia *suite*. EN cierto modo, me violaste.

—¡Pamplinas!

—Bueno, en el fondo yo te deseaba con todas las fuerzas de mi cuerpo, pero no podía confesártelo. Y menos cuando acababas de matar a aquel hombre.

El sacudió la cabeza. Comenzaba a pensar con más claridad.

—Todo eso sucedió diez años atrás. ¿Cómo me has localizado ahora? Porque este encuentro no es casual, digo yo...

—Hace tres noches que intento encontrarte. Empecé preguntando por ti en los bares y clubs exclusivos. Nadie te conocía. Así fui descendiendo en la escala social de los bares..., hasta esta noche.

—Si has llegado hasta aquí has tocado fondo..., no puedes encontrar un tugurio másapestoso que éste.

—Algo debe haberte pasado, además de quedarte cesante, claro.

—¿También sabes eso?

—Saber estas cosas formaba parte de mi trabajo.

—Sí, claro.

—¿Por qué te echaron?

—Es una larga historia. Corramos un tupido velo sobre las estupideces de los hombres y hablemos de ti.

—¿Por qué querías verme?

—Necesito tu ayuda.

—Estoy fuera de circulación.

—Precisamente. Por eso quiero que hagas algo por mí...

—¿Qué cosa?

—Encontrar a un hombre.

—¡Estás loca! Hay un centenar de agencias de investigación privada que harán el mismo trabajo, por poco dinero.

—No harán el trabajo que espero que hagas tú.

—Encontrar a un hombre, eso es lo que dijiste.

—Encontrar a un hombre y matarlo.

Gordon Cord enarcó las cejas.

—Matarlo, ¿eh?

—No importa cómo lo hagas, sólo mátalos. Te pagaré por ese trabajo, Gordon. Tengo dinero.

—Se me ocurre que equivocaste el camino. Tú necesitas un asesino a sueldo y yo puedo haber llegado al fondo de la basura, pero hundido o no, aún mantengo la cabeza a flote.

—¿Por cuánto tiempo?

—Eso no importa.

—Sí. Importa. ¿Cuánto tiempo seguirás teniendo la cabeza a flote; cuánto tardarás en hundirte del todo y tragar la basura a bocados?

—Lo ignoro.

—Tienes que ayudarme, Gordon. Eras de los mejores en tú trabajo... El mejor, y luego aún te perfeccionaste más. Supe que tú, de vez en cuando..., eras un auténtico fenómeno.

—Incluso aceptando que eso fuera cierto, no voy a matar a un tipo sólo porque a ti no te guste su cara.

—Hagámoslo de otro modo. Tú le localizas, esté donde esté, y cuando estés seguro que se trata de él no habrás de hacer nada más que avisarme.

—¿Y después?

Ella rechinó los dientes.

—Después, yo le mataré.

Gordon Cord parpadeó. Estaba sorprendido.

Hizo una seña a Jimmy y recostándose contra el respaldo del diván suspiró:

—Creo que es mejor que me cuentes la historia completa, Maryse.

—¿No tienes otro lugar mejor que éste donde hablar?

—¿Y tú? —¿Qué te pasa, no confías en mí?

—No hasta el extremo de llevarte a mi refugio.

Ella sonrió y estuvo mirándole fijamente unos instantes.

—Por lo menos —dijo al fin, veo que conservas algunas de tus facultades. Quiero averiguar si también conservas la misma fogosidad que diez años atrás... Iremos a mi apartamento...

—No me digas que vives en esta ciudad...

—No de modo permanente.

—Ya veo.

Ella se levantó, esperando que Gordon la imitara.

Cuando lo hizo hubo de apoyarse unos segundos en la mesa para afianzarse sobre sus piernas.

—Ahora alguien debería hacer un chiste —rezongó, entre dientes—. Decir algo de que es curioso cómo se mueve el suelo, o algo así...

—¿Puedes andar?

—¡Oh, seguro...! Sólo dame tiempo.

Rodeó la mesa muy tieso. Sus ojos turbios resbalaron por la soberbia anatomía de la mujer y con una mueca, gruñó:

—¡Diez años! Te han sentado de maravilla, preciosa. En aquel tiempo estabas más bien flacucha, por lo que puedo recordar.

—Siento no poder decir lo mismo de ti. En tu caso el tiempo te ha sentado fatal, querido.

—¿Qué quieres? Episodios como los del checo dejan huella, van minándole a uno, poco a poco. Larguémonos de aquí antes que acabe llorando en tu regazo.

Se aproximó al mostrador, dejó algún dinero encima y con un ademán de despedida dedicado al mozo se encaminó a la puerta caminando con afectada rigidez para conservar el difícil equilibrio.

Maryse Lecler enlazó el brazo con el de él y, casi sosteniéndole;

salieron a la calle.

El amanecer espantaba las sombras de la noche.

Las del pasado de Gordon Cord no había amanecer capaz de ahuyentarlas...

## CAPÍTULO II

Era un apartamento alquilado con muebles, y apenas tenía algún que otro detalle personal de su inquilina.

Gordon miró en torno. Hizo una mueca y gruñó:

—¿Qué te pasa; van mal los negocios? Esto no es ningún palacio y tú debes haber ganado dinero..., mucho dinero...

—Ésta es sólo una estación de paso para mí. Ponte cómodo.

—Estaré mucho más cómodo si hay una botella a mano.

—Olvídalo. No la hay. Te necesito sobrio durante las próximas horas.

—Mi cabeza funciona mejor con un poco de alcohol.

—Tu cabeza puede que sí, pero tus hormonas, no... Encontrarás cerveza en la nevera. Es todo lo que podrás beber.

—Entiendo lo que quieres decir, pero me parece que has equivocado el día.

Ella ya no le escuchaba. Había entrado por una puerta que no se molestó en cerrar.

Cord suspiró, dudando entre seguirla o buscar la cerveza. Inició el reconocimiento del lugar hasta localizar la cocina.

Las latas de cerveza era lo único que contenía la nevera.

Tomó una, hizo saltar el precinto y bebió un sorbo. Hizo una mueca y abandonó la lata, casi llena, en el fregadero.

Oyó la voz de la mujer que decía algo, aunque no comprendió las palabras. Volvió sobre sus pasos y asomándose por la puerta que ella había cruzado, gruñó:

—¿Decías algo? La cerveza es una peste...

Su voz se cortó de pronto, porque ella estaba girando sobre sus pies desnudos, la larga cabellera desplomándose sobre sus hombros tan desnudos como sus pies y el resto de su fascinante anatomía.

—No te quedes ahí. Yo no pude olvidar aquella noche de Acapulco. Quiero revivirla en todos sus detalles, desde el principio

al fin.

Cord parpadeó. La cabeza le daba vueltas.

—No lo comprendo —balbuceó—. Eres una mujer espléndida, que con sólo chascar los dedos, tendrías diez hombres de rodillas a tus pies... ¿Por qué eliges una basura como yo?

—¡Maldito seas! Porque dejaste huellas de sangre en mi piel aquella noche... Porque, en cierto modo, me marcaste para el resto de mi vida y jamás pude borrarle, de mi pensamiento ni de mi cuerpo. ¡Oh, basta ya! Sólo ven aquí, abrázame.

Gordon caminó, con torpeza, hacia ella, Maryse se arrojó entre sus brazos y por un instante el cuerpo tibio y palpitante estuvo rígido, pegado al suyo.

Después sus bocas se encontraron. El choque de sus dientes fue casi doloroso antes de hundirse en un torbellino que, en cierto modo, volvía a revivir la bárbara sensación de diez años atrás, cuando desesperadamente hicieron el amor apenas quince minutos después de haber matado a un hombre.

Ella se dejó deslizar sobre la espesa alfombra, arrastrándole a él en su caída. Cord notaba el despertar de un deseo olvidado, mientras el mundo parecía girar a su alrededor. Sintió la caricia de la lengua de Maryse en los labios, y el fuego de su aliento en un jadeo violento y vital.

Sin dejar de besarle, ella le quitó la chaqueta. Sus manos le recorrieron el cuerpo, como si quisiera comprobar la fortaleza de aquellos músculos que había recordado durante esos años como un mapa en relieve.

Cuando apartó la cara sus ojos brillaban de un modo febril.

—No llevas armas ahora... —susurró.

—¿Para qué? No se necesita pistola para emborracharse. Ni para hacer el amor sobre una alfombra de mil dólares.

—Bésame, Gordon.

Una voz dijo:

—Bésala cómo despedida, pichón. El beso póstumo, podríamos decir.

Ella dio un grito y un salto, levantándose. Cord tardó un poco más en reaccionar, entorpecido por el alcohol.

Se volvió, aún sentado en la alfombra, y vio al hombre plantado en el umbral. También vio la enorme pistola automática provista de

un silenciador especial que le trajo viejos recuerdos.

—Bueno, no me dijiste que habría mirones a nuestra fiesta particular —refunfuñó, levantándose.

Ella estaba muy pálida, pero sus ojos despedían llamas.

El intruso rió entre dientes, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

—¡Qué potranca! —exclamó—. Y desnuda, como para abrir boca. ¡Tú, pichón, apártate a un lado! ¡Ah, siéntate en ese taburete!

Cord retrocedió y fue a sentarse en el taburete del tocador.

Al fin, Maryse recobró la voz:

—Supongo que te envía Maisch...

—Nada de nombres. ¿Para qué los necesitas? Pero nadie me dijo que fueras..., éste... Bueno, un momento. A ver, date la vuelta poco a poco; ¿sí?

—¡Maldito...!

—Gira sobre los pies, nena, para que pueda verte desde todos los puntos cardinales. ¿O no entiendes mi idioma?

Ella rechinó los dientes, pero no se movió.

Gordon dijo, fastidiado:

—Haz lo que te dice, Maryse.

Ella le miró de soslayo, echando chispas.

Luego, muy despacio, empezó a girar ante los ojos encandilados del asesino. Éste farfulló entre dientes:

—Lástima..., tener que destruir una cosa tan linda...

Cord atrapó un pesado tarro de crema y, apenas sin mover el cuerpo, lo tiró con todas sus fuerzas contra el pistolero.

Éste advirtió la maniobra demasiado tarde. Hizo ademán de desviar la pistola, y en aquel instante el tarro de cristal se estrelló contra su cara haciéndose añicos. Hubo un surtidor de sangre, y chorreones de crema embadurnando la cara aplastada del criminal, que apretó el gatillo locamente, sembrando de balas a todo alrededor sin que la pistola emitiera apenas apagados suspiros.

Gordon saltó sobre sus inseguras piernas. Esquivó una bala por milímetros, y cuándo llegó al lado del cegado criminal, volteó la mano.

Oyó un grito de la mujer, pero estaba demasiado enfurecido para hacerle el menor caso. Descargó el trallazo con el canto de la mano, y el golpe estalló en un lado de la cabeza del pistolero, junto

al oído. Se oyó perfectamente un seco crujido y, sin una queja, el hombre se derrumbó de bruces.

Maryse exclamó:

—¡Le has matado...!

—No lo creo..., estoy desentrenado, en baja forma...

Se inclinó sobre su víctima. Por el oído golpeado empezaba a brotar un hilillo de sangre.

—¡Te digo que está muerto! —repitió Maryse.

—Pues es cierto. No debo estar tan mal como pensaba.

—¡Maldito seas!

—¡Eh, espera un minuto! Ése angelito vino aquí para matarte. ¿Lo has olvidado?

—¿Y cómo podemos interrogarle estando muerto? Eso es lo único que me preocupa.

—Admiro tus sentimientos fraternales, hermana. Evidentemente, no podemos hacerle preguntas en su estado. Pero si ya sabes quién le envió, ¿para qué averiguar más? El pareció admitir que ese individuo que mencionaste le había enviado para liquidarte.

—Maisch...

—¿Quién es?

—El hombre que quiero matar. —Pues no parece albergar, tampoco, buenos sentimientos hacia ti, querida.

—Sabe que le mataré... ¡Lo sabe! —barbotó Maryse, enfurecida—. Por eso quiere eliminarme antes. Y ha tenido suerte. Me ha localizado antes que yo a él.

—Es como si continuase en el servicio. Asesinos pagados, sangre y violencia... y mujeres desnudas. Debe ser mi destino.

—¿Te das cuenta? Es como la noche de Acapulco... Un hombre muerto, y tú y yo amándonos...

—Eres todo un caso, preciosa. ¿No te importa meterte en la cama con ese testigo aquí?

—Lo único que lamento es ese tarro que destrozaste. Lo compré en París y a un precio astronómico... Ven, ¿quieres?

Ella retrocedió paso a paso. Se dejó deslizar sobre el amplio lecho con gestos felinos, sus ojos brillándole de un modo salvaje.

Cord se encogió de hombros y, olvidándose de cuanto le rodeaba, fue hacia ella, como aquella otra ya lejana noche, en Acapulco...

### CAPÍTULO III

El sol, al darle de lleno en la cara, le despertó.

En el primer instante su cerebro permaneció en blanco, vacío de ideas, de evocaciones; Sólo pensó que era un fastidio haber dejado la ventana, abierta con ese asco de sol obligándole a parpadear...

Luego se dio cuenta de que aquélla no era su ventana, ni aquélla su cama. Ni acostumbraba a despertar viendo hombres muertos a un lado, con sangre en torno a su cabeza embadurnada de crema.

Se sentó de golpe, gruñendo, porque un dolor agudo le asaltó como si un torniquete oprimiera sus sienes.

—¡Maryse! —Gruñó.

La mujer apareció envuelta en un salto de cama negro, a través del cual, el color dorado de su cuerpo mostraba cada uno de sus recovecos.

—¡Cierra esa maldita ventana! ¿Qué diablos...?

—Pensé que te sentaría bien un poco de sol. Llevas demasiado tiempo viviendo de noche.

—¡Al infierno con eso!

Ella corrió la cortina y anunció:

—Hice café. ¿Cómo lo prefieres?

—Con *whisky*...

—Olvídalo. ¿Leche, crema o solo?

—¿Quieres envenenarme?

—Te lo traeré solo. Lo necesitas.

—Deja ya de preocuparte por lo que necesito o dejo de necesitar. ¿Has pensado lo que vamos a hacer con nuestro común amigo?

—No.

—Pues es un consuelo.

—Voy por el café.

—Espera un minuto, encanto. Aún puedo valirme por mí

mismo.

Saltó de la cama y ella se echó a reír, abandonando el dormitorio.

Mientras se vestía, Cord estuvo observando al hombre muerto. No le gustaba la situación. No le gustaba nada de cuánto había sucedido.

—¡Maldita sea! —rezongó—. ¡No hay manera de huir de este infierno...!

Se fue al baño y luego el vivo aroma del café le atrajo rumbo a la cocina.

Bebió dos tazas antes de pronunciar una palabra. Después dijo:

—Bueno, ya tuviste tu hombre muerto, tu salvaje sesión de amor y todo lo demás... ¿Piensas contarme tu historia ahora, o hay otras formalidades todavía?

—Tienes un despertar muy desagradable, cariño.

—Eso se debe a tu desmantelado bar. Sin un *whisky* por la mañana soy medio hombre tan sólo.

—Seguirás así mientras estemos juntos.

—No estoy seguro de que lo estemos mucho tiempo. ¿Quién diablos es el tipo que nombraste anoche?

—Se llama Leo Maisch. Agente libre, judío, escurridizo y traidor hasta la médula.

—Ya tengo su retrato. Ahora, su biografía.

—Todo lo que necesitas saber es qué debes encontrarle. Hicimos un trabajo juntos..., había una buena paga al final. Una paga fabulosa. El se la embolsó. Olvidó pagarme mi parte.

—Ya veo. Un tipo muy vivo. ¿Para quién hicisteis ese trabajito?

—¿Importa eso?

—Pudiera ser que importara; si he de meterme en el lío.

—Te lo diré, si veo que es necesario, en un momento determinado.

—Está bien, pero debo tener un punto de partida para localizar el candidato a cadáver. Ahora sé su nombre y la clase de bastardo que es, y si quedara alguna duda, su envío del embajador de anoche la disiparía. Sin embargo, ¿por dónde empiezo?

—Antes de que viniera ese asesino, yo pensaba que estaba en algún lugar de Europa, posiblemente en Inglaterra. Le encanta Londres... Ahora creo que está aquí. A menos que ese hombre

viniera de Europa exclusivamente para matarme.

—Eso podemos saberlo ahora mismo.

Cord se dirigió al dormitorio y registró los bolsillos del muerto.

Encontró documentos a nombre de Frank Boven, con domicilio en Los Ángeles. Tabaco, un encendedor de gas con sus iniciales, monedas sueltas y mil doscientos dólares en billetes de cien.

También halló un juego de llaves «Yale» y otras de coche. Pero ningún papel, ninguna indicación de sus relaciones ni amistades.

—Bien, podemos decir que era una celebridad local. No vino de Europa.

—Así que Maisch está aquí.

Cord se embolsó los mil doscientos dólares y los documentos. Después titubeó con las llaves, pero acabó guardándoselas también.

—Para los gastos —gruñó—. Ahora te repito lo mismo que antes. ¿Por dónde empiezo? Debes conocer las costumbres de tu ambicioso amigo, sus gustos, qué clase de mujeres frecuenta, si tiene alguna más o menos fija, cosas así.

—No le subestimes, querido. Maisch es uno de los mejores profesionales del mundo. No tiene lazos en ninguna parte. Si necesita una mujer, la paga y se acabó. Tampoco sé que haya tenido, jamás, amistad con nadie.

—Un lobo solitario. Malo.

—Su único punto flaco es el lujo. Vive como un potentado, vaya adonde vaya, y sus gustos son los más refinados que puedas imaginar.

—Eso me ayudará. Creo que daré un vistazo al domicilio de ese huésped forzado que tienes en el dormitorio.

—Hablando de él, ¿cómo podemos sacarlo de aquí?

—Ése es todo un problema. Dame tiempo para pensar algo. Tú no tienes una asistente ni nadie que venga a meter las narices aquí, ¿no es cierto?

—Nadie viene nunca.

—Entonces, no es nada que corra prisa. Te veré esta noche y para entonces espero tener alguna idea concreta. O nada, vete a saber.

—Y si te necesito antes, ¿dónde, puedo encontrarte?

—No podrás, así de sencillo.

—Comprendo. ¿No me dirás por qué te echaron, querido?

—Eso es un capítulo cerrado. De cualquier modo, no creo que me echaran, realmente... Más bien me despedí yo mismo.

Se levantó tras encender el primer cigarrillo del día. Maryse le siguió hacia la puerta y antes de que saliera le cerró el paso rodeándole el cuello con sus brazos desnudos.

—Confío en ti —susurró, los labios cosquilleando los de él—. Cuando tú aprendas a confiar en mí, quiero conocer el lugar donde vives, y amarte allí.

—Mejor olvídalo. Aquello es..., ¿cómo té diría? Como, un santuario.

—No te entiendo.

El la besó ligeramente, abrió la puerta y salió sin más comentarios.

Descendió a la calle y miró arriba y abajo. Comenzó a revisar los coches estacionados a lo largo de la acera en una longitud de dos calles, a ambos lados.

Al fin encontró uno cuya patente estaba a nombre del frustrado asesino. Era un «Mustang» rojo. Probó las llaves y encajaron.

Lo puso en marcha y partió, más desconcertado a cada momento. Por regla general, los asesinos a sueldo, profesionales, no suelen andar de un lado a otro con todos sus documentos en él bolsillo, y menos a bordo de coche tan llamativo como ese convertible semejante a una llama.

Decididamente, todo el asunto era un colosal despropósito...

## CAPÍTULO IV

Invirtió una hora en registrar el pequeño apartamento del pistolero muerto. Era un lugar desordenado, sucio hasta la náusea, abarrotado de revistas pornográficas, fotografías obscenas por todas partes y nada más.

Las ropas del armario eran de mala calidad, excepto un par de trajes, que debía conservar para las grandes ocasiones.

Cord: gruñó, disgustado. Vio una botella de *whisky* en un estante, casi llena. Eso le reconcilió, en parte, con el propietario del apartamento. Buscó un vaso y lo llenó hasta la mitad con *whisky*; Era el primero que probaba en muchas horas.

Lo olisqueó recreándose por anticipado. De pronto se puso rígido y husmeó el vaso con todos sus sentidos aguzados.

Olía a *whisky*, por supuesto, ya que se trataba de una buena marca. Pero olía a algo más, algo que puso una corriente de hielo en sus nervios.

—¡Cianuro! —masculló entre dientes.

El clásico hedor del veneno, apenas perceptible, estaba tan claro para él como si la palabra estuviera escrita en la etiqueta.

Limpio sus huellas de la botella y tras derramar el contenido del vaso en el fregadero, lo limpió, también.

Estaba acostumbrado, y ahora su interés por el tipo llamado Leo Maisch había aumentado hasta el infinito.

Luego, plantado en el centro del dormitorio, revisó en su experimentada mente si dejaba algo por registrar. Algún escondrijo más o menos ingenioso.

Lo había mirado todo. Por si las dudas, abrió otra vez el armario. Las ropas, los zapatos... Arrancó un par de tacones de otros tantos pares. En ese negocio nunca se sabe.

Eran tacones normales, sin huecos ni trucos.

La maleta ya la había mirado antes también. Estaba sobre el

armario. Volvió a bajarla y antes de abrirla la tanteó con cuidado.

Luego la abrió. Estaba Vacía y no era de mucha calidad. Siguió tanteándola con exquisito cuidado, ahora. Soltó un juramento y se dirigió a la cocina en busca de un cuchillo.

Con él empezó a destripar la maleta sin contemplaciones. De este modo apareció el doble fondo.

Se quedó mirando la colección de pasaportes, tarjetas de identidad y de crédito, todas de distintos nombres pero sin fotografías. Eran falsas y dispuestas para recibir la foto de quien las utilizase.

Y había algo más. Algo que puso un escalofrío en su piel.

Era una credencial de la CIA.

Ni más ni menos.

La tomó, viendo que estaba a nombre de Frank Boven.

Tuvo la esperanza de que fuera falsa, como todo lo demás, porque, en caso contrario, él habría matado a un agente de la agencia que reunía en sus manos el poder de la vida y muerte.

Sacó el mechero y chamuscó un determinado ángulo de la tarjeta de identidad. No ocurrió nada, sólo el plástico en que estaba encerrada empezó a retorcerse.

Falsa. No pudo contener un suspiro. Si hubiera sido genuina, auténtica, la llama habría provocado un cierto chisporroteo a todo alrededor de la tarjeta, sin dañarla en absoluto.

De cualquier modo, se la guardó, porque ahora comenzaba a interesarse en el asunto, de un modo mucho más personal.

Abandonó el apartamento y esta vez tomó un taxi que le condujo directamente el aeropuerto.

Treinta minutos más tarde emprendía el vuelo rumbo a Washington.

El taxi recorrió buena parte de la Avenida Potomac, dobló una esquina y se internó por una ancha calle flanqueada de hermosos árboles que sombreaban las aceras.

—Pare aquí —ordenó Cord, poco después.

Esperó que el taxi se perdiera de vista y entonces echó a andar bajo la sombra. Mujeres con cochecitos de bebé, paseaban, charlando como cotorras, ajenas al denso tráfico de la calle. Chiquillos alborotadores corrían como vociferantes pieles rojas arriba y abajo, metiéndose entre las piernas de los viandantes.

Gordon Cord se detuvo delante de un bonito edificio de oficinas. Había llegado a pensar que jamás volvería a pisar ese lugar, que para él significaba una pesadilla. Y aquí estaba.

Entró, dirigiéndose recto hacia la batería de elevadores que funcionaban sin cesar. Se hizo conducir a la quinta planta, recorrió un pasillo y empujó la puerta.

La bella muchacha que atendía a los visitantes dio un respingo.

—¡Señor Cord! —exclamó.

Pero no dijo más.

El hizo una mueca.

—¡No soy un resucitado, encanto! Anuncia mi grata visita a tu admirado jefe.

—Bueno, no sé si... Está bien, espere un minuto.

En lugar de utilizar el intercomunicador, salió de detrás de la mesa y, tras llamar a una puerta que había al fondo del despacho, entró, cerrándola cuidadosamente a sus espaldas.

Cord encendió un cigarrillo. Todo parecía devolverle a un pasado que odiaba, trayéndole atroces recuerdos que ni el alcohol había logrado borrar.

La muchacha estuvo ausente casi cinco minutos. Luego reapareció con una tensa sonrisa en su hermosa cara.

—Puede pasar, señor Cord —dijo con su voz un poco más tensa de lo normal.

Gordon pasó a su lado, cruzó la puerta y avanzó sobre una costosa alfombra azul hacia la mesa del fondo, donde un hombre se levantaba en esos momentos.

—Bueno, es toda una sorpresa, realmente... —balbució el hombre.

—También lo es para mí. Juré que no volvería jamás a este lugar, porque de hacerlo habría de matar a alguien...

—Todos decimos muchas tonterías algunas veces.

—Eso no fue ninguna tontería.

El hombre se sentó, poco a poco. Sus ojos agudos no se apartaban del rostro del visitante.

—No me diga que ha venido a matarme, Cord.

—Ya sabe que me gustaría hacerlo. Tal vez lo haga. Pero no ahora.

—Siéntese.

Se dejó hundir en una confortable butaca.

Pocas personas en el mundo conocían la existencia de esa extraña oficina dedicada a no menos extraños negocios.

Cord sabía que el principal negocio de semejante empresa, era la extorsión, la corrupción y la muerte; todo ello dependiendo del más poderoso organismo del globo.

—¿Y bien? —Se impacientó el elegante individuo.

Era realmente todo un tipo. Alto y esbelto, vestía con la exquisita pulcritud de un ministro en acto oficial. La expresión un tanto displicente de su cara le quitaba en parte su ávido gesto de ave de rapiña.

—Quiero ciertos datos, Roberts.

—¿De qué clase?

—Leo Maisch. ¿Quién es?

Roberts frunció el ceño...

—No lo sé.

—Pregunte. Ya sabe dónde, supongo.

—Quisiera saber por qué he de hacerlo. También me intriga que venga a pedir informes cuando ya no pertenece al servicio, y cuando se le dijo sin rodeos lo que podía esperar de la Agencia.

—Yo también les dije a los grandes cerebros lo que podían esperar de mí. ¿Recuerda?

—No juegue con fuego, Cord, es peligroso.

—Leo Maisch.

—¿Es que está trabajando por su cuenta, Cord?

—En cierto modo. Mire esto, gran hombre.

Depositó cuidadosamente sobre la mesa aquella credencial de la CIA.

Roberts se quedó mirándola alelado.

—¿Se le quitó a su titular? —estalló al fin.

—Hice la prueba del fuego. Es falsa.

—¿Cómo?

La tomó precipitadamente entre sus dedos. Estaba realmente estupefacto.

—Es perfecta —murmuró—. Podría engañar a cualquiera de nosotros si no hiciera la prueba...

—Yo la hice. Estaba en poder de alguien que trabajaba para ese Leo Maisch. Y ahora, ¿quiere hacer un par de preguntas?

—Usted sabe cómo funcionamos en esta oficina, Cord. Necesitaré tiempo.

—No hay tiempo. Descuelgue el teléfono y llame, es así de fácil.

—No lo haré. Me expondría a perder el puesto.

—Va a perder la cabeza si no lo hace, Roberts, hermano. Y si empiezo, ya no me detendré. Otros dos o tres grandes cerebros reventarán a orillas del Potomac.

—¡Pero, hombre, Cord, parece haber perdido la brújula! Deme tiempo, por lo menos.

—No puedo. Quiero esos informes ahora.

—Dígame por qué, quiere saber si conocemos a ese individuo. Si yo pregunto, ellos me preguntarán a mí; Habré de decirles algo.

Una sonrisa de lobo asomó a la cara tensa de Cord.

—Ninguno de los grandes patriotas de aquel hermoso edificio del Potomac se atreverá a preguntar nada a esta oficina. Y usted lo sabe, Roberts. Tiemblan ante la sola idea de que alguien pudiera relacionar a un puñado de bastardos asesinos con la CIA, especialmente en estos tiempos.

—¡Escuche, no le permito...! —calló ante la mirada glacial de su visitante—. Bien, Cord, usted fue uno de nosotros; así que está tirando piedras a su propio tejado.

—Yo fui, usted sigue siendo. Y los otros. Y las mujeres... ¿Quiere hacer esas preguntas?

Por unos instantes, el hombre del otro lado de la mesa trató de sostener la salvaje mirada de Cord. No pudo.

—Necesito consultar al piso de arriba —dijo entre dientes.

—¡Apresúrese! He de regresar a Los Ángeles esta noche.

Se levantó, rígido como una tabla. Dio dos pasos para salir de su sitio, y antes que pudiera dar el tercero, Gordon Cord rechinó entre dientes:

—No haga el tonto, hermano. Siéntese.

—Pero...

—Por teléfono. Quiero oír lo que dice. No quiero consultas a mis espaldas.

—¡Maldita sea! ¿Quién demonios se cree que es? Usted fue expulsado del servicio, no tiene siquiera derecho a estar aquí, y si...

—No lo diga. Sólo llame al viejo de arriba y pregunte, si quiere salvar su cuello. Recuerde que, por mi parte, todos ustedes viven de

prestado. No me provoquen, no tiren más de una cuerda podrida... porque podría romperse.

Roberts estaba rojo de cólera. Pero él mejor que nadie sabía la clase de hombre que tenía delante. Conocía hasta los más íntimos pormenores de su salvaje determinación, de los motivos que podían empujarle a hacer saltar algunas cabezas y desencadenar el peor escándalo de toda la historia de la CIA y de sus subcentrales secretas, de cuya existencia apenas nadie tenía conocimiento.

De modo que alargó la mano y descolgó un teléfono blanco.

Cord suspiró: Había ganado.

Tras discar un número, Roberts se identificó. Luego dijo:

—Asuntó de prioridad, señor. Nombre, Leo Maisch. Quiero todo lo que exista sobre él... Por supuesto... Gracias.

Y colgó.

Cord dijo:

—¿Se da cuenta lo fácil que resulta?

—Esta llamada queda registrada, Cord, como usted ya sabe. Algún día puede estallarme en las narices.

—Ese día me emborracharé en su honor, Roberts.

—Me gustaría saber en qué está metiéndose, de veras.

—Yo también. A propósito, gran hombre. ¿Han sabido novedades respecto a Susane?

El rostro de Roberts se puso verde.

—Ninguna. ¿Es que aún sigue albergando esperanzas, Cord?

—No. Pero pensé que tal vez se hubiera filtrado algo. Quisiera saber dónde está enterrada, por lo menos.

—¡Oiga, usted sabe de sobra cómo es nuestro trabajo!

—Una porquería.

—Admitido; Pero cuando uno de ustedes desaparece, nadie sabe jamás dónde fue enterrado. Ni se pregunta, porque entonces ellos podrían preguntarnos a nosotros dónde hemos enterrado a su gente.

Cord se echó atrás en la butaca. Encendió un cigarrillo y sus ojos acerados escudaron largamente la cara del impecable individuo que estaba recobrando el color.

De pronto dijo:

—¿Sabe una cosa, Roberts? A veces pienso que me gustaría escribir un libro.

—¡Qué!

—Un libro. Una autobiografía o algo así. Apuesto que sería un *best-seller*.

Roberts parecía estar sentado sobre un lecho de espinos.

—No habla en serio, Cord. No podría...

—Es una espada suspendida sobre sus grandes cerebros. Una espada con un filo endiablamente mortal Sólo cortar el hilo que la sostiene y... ¿qué pasaría en las altas esferas?

Roberts se ahogaba.

—Usted... usted no viviría para gozar del éxito... —barbotó.

Antes que Gordon pudiera replicar, un teléfono sonó, de entre la batería de aparatos que ocupaban la mesa.

Roberts descolgó instintivamente el auricular del aparato de color gris.

—¡Hable, aquí Roberts!

Escuchó y su cara adquirió un color púrpura subido. Luego palideció y sus ojos miraron a Cord, despavoridos.

No pronunció una sola palabra más. Colgó poco a poco y con su inmaculado pañuelo blanco se secó el helado sudor que perlaba su frente.

—Lo consiguió —dijo con voz que temblaba—. Me he jugado el puesto.

—¿De qué está hablando?

—¿Sabe quién me ha llamado?

—El viejo quizá.

—Sí. Acaba de decirme que dentro de una hora quiere verme. Lo dijo, rechinando los dientes. También dijo que Leo Maisch no existe, y que si existiera sería sagrado para nosotros. Quiere saber por qué nos interesamos por él, pero quiere saberlo personalmente, no por teléfono. ¿Qué infiernos está manejando usted, Cord?

—¡Maldito si lo sé! —replicó, preocupado—. De modo que Maisch es sagrado para la Agencia. Un intocable... ¿De veras no había oído usted nunca ese nombre?

—Podría jurarlo sobre la Biblia.

—Eso no me dice nada. Usted juraría sobre siete Biblias que la Tierra es cuadrada y se quedaría tan ancho. Bien, Roberts, cuando vea al viejo pregúntele qué ha hecho por saber el fin definitivo de Susane. Algún día volveré para saber la respuesta.

—Está usted loco, Cord, completamente loco.

Gordon se levantó. Una lenta sonrisa asomó a su cara rígida.

—Algún día —dijo como despedida—, me convertiré en turista. Un miembro de esos rebaños que se dejan zarandear de un lado a otro por un guía, ya sabe... El otro día me fijé en un muchacho de una agencia de viajes.

Perplejo, Roberts barbotó:

—¿Por qué me lo cuenta a mí?

—Porque el anuncio ofrecía un *tour* de veinte días por la Unión Soviética, ¿sabe?

Se dirigió a la puerta y salió.

Roberts sintió que le temblaban las piernas y hubo de sentarse. Notaba cómo el corazón le golpeaba en la garganta, porque después de esa última amenaza de Cord ya no cabían dudas al respecto. Habría que hacer algo... y pronto.

Algo definitivo.

## CAPÍTULO V

Eran casi las tres de la madrugada, cuando Gordon llamó al apartamento de Maryse.

Desde el otro lado de la puerta, la voz cautelosa de la mujer preguntó:

—¿Quién...?

—Cord.

—¿Gordon?

—¿Es que ya no te acuerdas de mí?

La puerta se abrió unas pulgadas, todo lo que dio de sí la cadena de seguridad. La cara tensa de la muchacha atisbo por la rendija.

No pudo contener un suspiro de alivio, al reconocerle.

Cerró la puerta para poder quitar la cadena y le dejó libre el paso.

—¿No reconoces mi voz, todavía? —Gruñó Gordon, mirándola mientras volvía a colocar la cadena y se volvía hacia él.

—Tal como están las cosas, apenas si me reconozco yo misma cuando me miro al espejo. ¿Qué estuviste haciendo? Creí volverme loca cuando se hizo de noche y no apareciste...

—Hice un viaje. A Washington.

Ella levantaba los brazos para enroscarlos en torno al cuello de Cord pero se quedó paralizada, a mitad del movimiento.

—¿A Washington...? —balbució—. No comprendo... ¿Creíste que Maisch estaba allí?

—No, nena. Sólo quise reunir algunos datos.

—Pero tú estás fuera de servicio, ya no perteneces a esa organización. ¿Cómo...?

—Me quedara algunos privilegios todavía. ¿Por qué te has asustado al oír que había estado en Washington?

—Me has sorprendido, no asustado.

—Prueba otra vez.

—De veras, ¿por qué habría de asustarme? —Al fin le rodeó el cuello con los brazos y apretándose contra él estrelló la boca contra la suya, besándole con toda su experta fogosidad.

El la apartó suavemente.

—Deja eso ahora, preciosa. Cada cosa a su tiempo.

—Eres un ave fría, pero ya que prefieres el trabajo al placer..., ¿qué me dices del caballero que hay en mi alcoba? Pronto empezará a oler mal.

—Necesitamos un coche grande para sacarlo de aquí; uno en cuyo maletero quepa ese individuo.

—¿Y después?

—Hay un millón de lugares hechos a propósito para abandonar una carroña. Hablemos de lo que importa. ¿Quién es realmente tu amigo? Porque para la Agencia es una vaca sagrada, un intocable. ¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? Quizá le utilizan.

—Esos bartardos utilizan a todo el mundo, no por eso tienen la menor consideración con ellos. Los sacrifican sin pestañear, llegado el caso.

—No exageres...

—Lo sé muy bien.

—¿Te sacrificaron a ti?

—No pudieron. Pero si lo hicieron con alguien que... Pero eso es otro asunto. Estábamos hablando de Maisch.

—Ya te dije lo que yo sabía de él. Trabaja para medio mundo, es un agente libre, fiel mientras le paguen, pero si otra potencia le ofrece más dinero cambia de bando. Me traicionó a mí y traicionará a cualquiera si con ello obtiene un buen puñado de oro.

—Dijiste que era agente de Israel.

—Tampoco dije eso, sino que él era judío.

—Ese amigo tuyo que duerme el sueño eterno en tu dormitorio, tenía una credencial de la Agencia. Falsa, pero endiabladamente bien hecha; la obra de un artífice de la falsificación. Y si tenemos en cuenta que trabajaba para Maisch, y que éste es todo raro personaje para la CIA, me gustaría mucho saber qué clase de trabajito llevó a cabo en tu compañía.

—No quiero hablar de eso. No es nada que me llene de orgullo, precisamente.

—En nuestra profesión no hay un solo trabajo del que podamos sentirnos orgullosos. Sin embargo, quiero saberlo.

—No insistas, Gordon.

—Entonces habré de renunciar a tan grata compañía. No pienso meter la cabeza en un nudo corredizo.

—¡No puedes abandonarme ahora!

—Escucha, Maryse; estoy rendido, Bervtoso y casi histérico porque durante todo el día no he probado una gota de *whisky*. El único que tuve a mano estaba envenenado, así que no abuses de mis horas bajas.

—¿Quién quiso envenenarte?

—La botella que ese ángel caído de tu alcoba guardaba en su apartamento. Tenía cianuro suficiente para liquidar un caballo. Afortunadamente lo descubrí a tiempo antes...

—¿Quieres decir que ese hombre guardaba una botella de *whisky* envenenado con cianuro?

—Bueno, no creo que él supiera de la existencia del cianuro.

Ella frunció el ceño, perpleja. Luego, como un chispazo, comprendió y se quedó boquiabierta.

El sonrió.

—Eso es —dijo—. Tu amigo Maisch no quiso correr riesgos. Pensó que, después de matar a una mujer, lo menos que podía esperarse era que el asesino tuviera la boca seca, o el estómago revuelto si no era un buen profesional, de modo que fue a su casa y envenenó el *whisky*. Un testigo muerto ya no es testigo ni es nada, sólo un puñado de carroña.

—Maisch, el grandísimo hijo de perra... Sí, seguro que fue así como lo hizo. Eso es propio de él...

—Tú debes saberlo, puesto que fue tu socio.

—Sólo en el negocio; no vayas a tener ideas raras.

—Yo no tengo ninguna idea, todo lo dices tú. Todo, menos lo que quiero oír.

—Eso, querido, permanecerá en el secreto del sumario, de momento.

—Piénsalo durante el resto de la noche. Te veré mañana y espero que para entonces hayas cambiado de opinión.

—¡Gordon!

—¡Es definitivo, cariño!

—No puedes irte ahora, dejándome con «eso» ahí dentro.

—Mañana lo solucionaremos.

—Quiero decir que debes quedarte aquí... conmigo.

—Esta noche no..., estoy bajo de moral. La visita a mi antigua guarida ha revuelto mis ideas. Quiero estar solo durante unas horas.

Ella se disponía a protestar, pero Cord abrió la puerta y desapareció como una sombra.

Maryse sintió tentaciones de maldecirle a gritos.

De todos modos Cord no la habría oído, porque descendió las escaleras rápidamente, y salió a la calle. Se alejó a buen paso en busca de un taxi, y cuando se instaló en uno y dio aquella dirección se sintió vacío, viejo de mil años, y acabó compadeciéndose amargamente.

El coche enfiló hacia Bell Air, se encaramó por los retorcidos paseos y casi en lo más alto, se desvió a la derecha, por un paseo desde el que se disfrutaba de una impresionante panorámica de la ciudad extendida allá abajo, millones de luces parpadeantes, guiñándole a los sueños de millones de gentes que se afanan cada día por vivir un poco más, por arañar un puñado de felicidad a cualquier precio; que se mataban poco a poco, para escalar un peldaño más a costa de lo que fuera, dejándose pedazos de dignidad en el empeño, jirones de su propia vida quemada en el chisporroteo del lujo, del deseo, de la codicia y la envidia.

Gruñó con desagrado cuando el taxi se detuvo bruscamente.

—¿Es aquí? —indagó el chófer—. No se distinguen los números, están demasiado separados de la acera.

—Está bien.

Esperó ver desaparecer las luces rojas del taxi. Luego atravesó la calle y se internó por un inmenso prado de césped que, bajo la luz de la luna, destellaba con chispazos de esmeralda.

La casa no era muy grande, pero resultaba una soberbia construcción, de un gusto y una belleza plácidos y confortables.

Parado ante la puerta, Cord titubeó. Hacía mucho tiempo que no entraba en esta casa. Tampoco había pensado pasar en ella esa noche. Sin embargo, una fuerza extraña le empujaba a desafiar los viejos fantasmas.

Sacó una llave y abrió. Conectó la luz y encendiendo las del vestíbulo cerró a sus espaldas y se quedó unos instantes parado allí,

reconociendo cada detalle, cada chuchería de las que salpicaban los muebles y los rincones.

Entró, al fin, dirigiéndose recto adonde estaban los licores. Era una sala de gusto, sencillo, pero que inspiraba una gran paz, una sensación de cómoda intimidad. Llenó un vaso de *whisky* y se hundió en el diván.

Vació el vaso a grandes sorbos. Después, echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

No supo cuándo se durmió, ni si, en realidad, llegó a conciliar verdaderamente el sueño, pero al relajarse, la pesadilla revivió en su mente con todo el dolor.

Ella decoraba la casa. Ella era la mujer más hermosa de este mundo, y era feliz, y le daba todo el amor del que una mujer es capaz de desprenderse. Con el amor se daba toda ella. Se daba con los ojos, con su sonrisa, con sus silencios; y cuando estaban juntos, tendidos en la oscuridad, se daba en cuerpo y alma y te hacía sentir que la vida aún era buena, le arrancaba silenciosos gritos de placer y así alcanzaban, las cimas de la vida en un abrazo total, absoluto, en el que, además de sus cuerpos, se fundían sus almas, y latían sus corazones a un ritmo loco, y los sueños ya no eran sueños, porque, ni en sueños, un hombre y una mujer pueden alcanzar aquella plenitud.

Pero habían cometido el terrible error de creer que aún podían vivir su inmenso amor, libres de toda amenaza. Trataban de correr un velo de olvido, como si el pasado pudiera borrarse de la mente y del corazón sólo con deseárselo.

Quizá alguien pudiera lograrlo. Ellos no.

Y entonces el sueño se convertía en una atroz pesadilla.

Abrió los ojos y los fijó en el techo. El dolor arañaba su corazón, y la ira burbujeara en sus entrañas desgarrándolas igual que las garras de una fiera.

Se levantó, atrapó la botella y bebió directamente de ella. Todo terminaba y todo volvía a empezar, y ya sólo quedaba hundirse en la nada, o pegarse un tiro.

Se hundió en el abismo del alcohol. El circo de los recuerdos volvía a girar como una noria...

## CAPÍTULO VI

Pasó todo el día siguiente en aquella casa, abotargado, sentado en el saloncito como un gran Buda reflexivo.

No había podido vencer los fantasmas que se guarecían en lo más profundo de la mente, y que se alborotaban más de lo normal entre esas paredes, concebidas como un paraíso y que se habían convertido en un infierno.

Cuando el crepúsculo barrió la despiadada luz del sol, Cord pareció surgir de un profundo pozo negro de terrores. Se levantó, tambaleándose y, desvistiéndose, se metió bajo la ducha un buen rato.

Cambió todas sus ropas al vestirse, y esta vez añadió a su atuendo una funda axilar que se ajustaba perfectamente a su costado.

Llenó la funda con una pesada «Colt» automática del 45 y al fin salió de la casa. Cerró la puerta y caminó a lo largo de la fachada hasta la parte posterior. Pasó junto a la gran piscina de agua cristalina. La piscina y el jardín estaban perfectamente cuidados. El jardinero se ganaba bien su sueldo, pensó, mientras abría las puertas del garaje.

Se quedó mirando los dos coches que llevaban meses sin calentar sus motores. Un gran «Cadillac» gris, y un agazapado «Jaguar» deportivo de dos plazas. Aquel auto había sido el último capricho de Susane. No había recorrido más allá de quinientas millas...

Sacó el «Cadillac», cerró las puertas y emprendió el descenso a la ciudad.

Antes de franquearle la entrada, Maryse volvió a celebrar el mismo precavido ritual de la noche anterior. Luego, cuando hubo quitado la cadena de seguridad, se echó en sus brazos estremecida de temor.

—¡Estuvo aquí, Gordon!

—¿Quién?

—No sé... Maisch, u otro asesino a sueldo... Primero llamaron a la puerta. Pregunté quién estaba ahí y no me contestó. Luego, intentó forzar la cerradura. Oía sus esfuerzos y te maldecía por no estar aquí, conmigo...

—Tenías la pistola de ese fulano. Pudiste disparar a través de la puerta y dejarle tieso.

—¿Y luego qué? Otro muerto... y se habría alborotado todo el vecindario.

La pistola lleva silenciador, nena.

—No pensé en eso... sólo pensaba en ti.

—Eso te hubiera servido de mucho, en caso de que el fulano hubiese podido forzar la puerta.

Ella estrujó su boca en la voracidad desesperada de sus besos, como si quisiera olvidar el terror con el deseo.

—No te alborotes todavía —gruñó Cord—. He traído un coche capaz de trasladar todo el depósito de cadáveres. Hemos de sacar a ese fulano de tu alcoba, antes que te enamores de él.

—¿Qué estuviste haciendo hasta ahora?

—Peleando con mis fantasmas personales.

—No comprendo...

—Es un ejercicio muy conveniente, mientras no se abuse de él. ¿Hay otra salida de este apartamento? Una escalera de incendios o algo así.

—No. Lo alquilé precisamente por eso; No hay modo de entrar más que por la puerta.

—Ni de salir. Debiste pensar en eso. El tipo debe estar más rígido que una tabla, para simular qué sacamos un borracho, de modo que habrá que esperar a que todo el mundo esté en la cama. ¿Cómo se te da la cocina, primor?

—No muy bien... ¿Tienes apetito?

—No comí nada desde ayer.

—Haré lo que pueda, pero no te hagas ilusiones. Nunca sentí vocación de ama de casa.

Se fueron a la cocina. Los huevos revueltos tenían tanta sal como el océano Pacífico, el jamón estaba tieso y las tostadas demasiado blandas. No obstante, Cord lo engulló todo como si se tratara de

ganar un premio.

Maryse apenas podía creerlo.

—¡Y ni siquiera has protestado! —exclamó—. Serías un marido ideal.

—Si yo fuera tu marido y me dieras esa bazofia para comer, saldrías por la ventana. Pero tenía un hambre de lobo.

Ella empezó a reírse entre dientes.

En aquel instante el timbre de la puerta sonó y la risa murió en sus labios con una suerte de quejido.

Cord acabó de encender el cigarrillo que se había llevado a los labios. En voz baja, dijo:

—Serénate. Quizá él mismo venga a facilitarnos el trabajo. Vamos.

Saboreó el humo del cigarrillo y luego lo aplastó contra el plato.

Pegada a la puerta, Maryse preguntó con voz tensa:

—¿Quién es?

—Telegrama, señora. Tiene que firmar.

—Un momento...

Miró a Cord y éste asintió con una mueca. En su mano apareció, como por ensalmo, la pistola automática y acto seguido se colocó a un lado de la entrada.

Maryse quitó la cadena y abrió.

Había un repartidor de telegramas de la Western Union, sólo que a ella se le antojó demasiado viejo para ese trabajo.

—Entre... —murmuró.

El hombre de uniforme se coló dentro. Llevaba un libro y un telegrama en la mano izquierda. La derecha se hundió en aquel momento bajo la axila. Cord gruñó:

—No saques nada de ahí, hermano, porque te mueres.

El tipo dio un respingo. Por encima del hombro descubrió la pistola de Gordon y tragó saliva.

—¿Qué es esto, una broma? —barbotó.

—No lo sabes tú bien. Cierra la puerta, nena.

La mujer cerró y volvió a colocar la cadena de seguridad. Cord empujó al repartidor de telegramas contra la pared y dijo:

—Ya sabes la rutina. Apoya los índices en la pared y retrocede un paso. Después te explicaré en qué consiste la broma.

—¿Quién es usted?

—Para ti, el fulano que va a darte el pasaporte.

—Están locos...

—¡Los dedos en la pared!

El tipo obedeció, para lo cual hubo de dejar caer el libro y el telegrama. Retrocedió un paso, de modo que todo el peso del cuerpo le quedó gravitando sobre los dedos. Cord le registró en un instante... Llevaba un revólver del 38 con un largo silenciador.

—Supongo que forma parte del equipo de trabajo de la Western Union, ¿eh? —comentó con sarcasmo, balanceando el largo cañón ante las narices de su cautivo.

El hombre no replicó. Los dedos le dolían como el demonio.

Cord guardó su propia automática, quedándose con el revólver en la mano.

—Voy a mostrarte lo que te espera, gran tipo —gruñó amenazadoramente—. Puedes dejar de apoyarte en la pared.

Con un suspiro de alivio, el intruso se irguió, volviéndose. Su cara torva era todo un poema.

—Adelante, hermano, hacia esa puerta. Párate junto a ella.

Cuando el hombre hubo obedecido, Cord hizo una seña a Maryse y ésta abrió la puerta del dormitorio.

Encendió la luz y se hizo a un lado.

—Ahora puedes dar un vistazo ahí dentro, sólo para animarte —dijo Cord, señalando la puerta abierta.

Cauteloso, el tipo asomó la cabeza. Lo que vio le hizo dar un respingo.

—¡Boven! —jadeó en un susurro.

—¡Ajá! Amigo tuyo, por lo que veo. Tuvo peor suerte que tú. El murió sin tiempo para protestar. Tú reventarás después de haber charlado un poco.

Ahora, el desconocido estaba realmente asustado. Miró despavorido a Cord y su revólver, y luego desvió los ojos hacia la muchacha.

Si esperaba encontrar un resquicio de esperanza en la mujer, se equivocó, porque Maryse sentía miedo, y el miedo la endurecía hasta límites inhumanos.

—Saca todo lo que lleves en los bolsillos, querido, y déjalo en el suelo, ahí, al lado de la puerta. Pero con suavidad, ¿comprendes la idea? Un solo movimiento brusco y dispararé. Estoy muy nervioso.

El hombre sabía que estaba ante un demonio de individuo que desconocía lo que eran nervios. Sabía, con absoluta certeza, que le mataría sin pestañear, de modo que vació sus bolsillos con, infinito cuidado y luego se echó atrás.

—Recoge todo esto y llévalo a la mesa, Maryse. Y tú, siéntate en esa silla. Empezaremos por tu nombre, ¿qué te parece?

—Me llamo Bags.

—¿A quién se le ocurrió él truco del telegrama, a ti, o a Leo Maisch?

—Nunca oí ese nombre. El truco lo ideé yo.

—Prueba otra vez. Primero Maisch envió a ese ángel caído. Al ver que no regresaba te buscó a ti para que hicieras, el trabajo... A propósito, quiero oír de viva voz cuál era ese trabajo, concretamente.

—Si lo sabe...

—¡Quiero oírlo!

—Malar a la señora...

—¿Sin adornos, sólo pegarle un tiro?

—Una cosa limpia, sin alboroto. Eso fue lo que dijo.

—¿Quién lo dijo: Maisch?

—Ni siquiera sé quién es ese tipo.

—Entonces, ¿quién te dio la orden?

—Eso no lo diré.

—Me parece que te equívocas. Trae cualquier cosa para atarlo, querida. Voy a dejarte que le arranques las uñas, una a una, si eso te quita el miedo de encima.

Maryse rechinó los dientes.

—Le haré algo, más —dijo con voz silbante—. Pero lo haré con un cuchillo de cocina y cuando termine...

—No lo digas, sólo hazlo.

Maryse abandonó la estancia refunfuñando. El cautivo miró despavorido a su alrededor. Cord sonrió.

—No tienes ninguna escapatoria, Bags. Si te mueves yo te meteré una bala en la barriga. Si te quedas quieto, ella te hará una operación quirúrgica a lo vivo, y te aseguro que es capaz de eso y mucho más. Sólo si hablas puede que te vayas al otro mundo de una sola pieza.

—¡No pueden torturarme! ¿Qué clase de salvajes son ustedes?

—De una clase que te pondría los pelos de punta si pudieras conocernos sólo ligeramente. Vamos a ver, ¿quién te envió?

Bags sacudía la cabeza de un lado a otro.

Maryse reapareció. Traía un largo trozo de cuerda de nilón y un largo cuchillo de cocina.

Dejó el cuchillo en la mesa y, colocándose detrás del prisionero, empezó a atarle como un fardo.

Bags sudaba a mares y estaba tan pálido que su piel parecía gris.

Con voz amable, Cord aconsejó:

—Mejor será que le amordaces, o sus gritos escandalizarán a todo el vecindario.

Maryse tomó el cuchillo con una mano que no temblaba en absoluto.

—No gritará —dijo, rabiosa—. No podrá gritar, porque primero le cortaré la lengua.

Bags dio un quejido y se debatió con las cuerdas.

Gordon le aconsejó:

—Si yo estuviera en tu lugar, hablaría, compañero, porque esta delicada dama tiene los instintos de una pantera, así que tú decides.

—Yo ya he decidido —gruñó Maryse, colocándose delante de Bags.

Éste tenía los ojos estrábicos, fijos en el afilado cuchillo.

—¡Basta, quítela de mi vista! —lloriqueó.

—¿No te gusta verla tan cerca? Fíjate bien en ella, tiene unas curvas que marean. Fíjate en sus caderas, y esos muslos perfectos... Apuesto que en tu vida viste otra mujer igual.

—¡Basta, basta... apártela de mí!

—Ya lo oyes, cariño. Siéntate en cualquier lado o a nuestro amigo le dará un infarto. Y no nos interesa que muera, todavía. Por lo menos, sin haber hablado primero.

A regañadientes, Maryse se apartó de su víctima, pero no abandonó el cuchillo.

—Bueno, adelante; no esperes que ella se impacienta porque ya no tendrías salvación.

Cord dijo:

—Fue Geisler quien me pagó para..., bueno, para venir aquí.

—¿Quién es Geisler?

—Tiene una oficina de apuestas, en Nortwick y Galaway.

—¿Y ese Geisler te pagó para matar a Maryse?

—Sí... y ya había enviado a Boven primero, según dijo. Estaba muy nervioso porque no sabía nada de él.

—Voy a darle motivos para estar aún más nervioso... ¿Qué opinas, Maryse?

—Maisch debe pagar a ese tal Geisler, supongo. Quizá él no tiene contactos aquí, para contratar asesinos. Bien es verdad que nunca los necesitó. Siempre hizo sus trabajos sucios personalmente.

—Sólo que está vez sabe que tú tratas de cazarlo, y que en consecuencia estás alerta. Habría de arriesgarse demasiado, y un Jipe que disfruta de una fortuna es poco amigo de correr riesgos, digo yo. Veamos, ¿dónde vive Geisler?

—Tiene un piso sobre la misma oficina...

—¿Está allí ahora?

—No creo..., le gusta divertirse cuando cierra el negocio. No regresa hasta muy tarde.

—¿Adonde debías ir para informarle de que el trabajo estaba hecho?

—Me dijo que le llamara a primera hora de la mañana...

—Volvamos a Maisch. Ése es quien nos interesa.

—¡Pero si no sé nada de ese tipo, nunca le oí nombrar!

—Si eso es verdad, va a ser terrible para ti, porque Maryse te cortará a tiras.

—¡Estoy diciéndole todo lo que sé!

—Menos lo que queremos oír. El paradero de Maisch.

—¡Oh, no! ¿Es que resulta tan difícil de creer? No sé una maldita palabra de él. Se lo diría si lo supiera... ¡Juro que se lo diría!

—Bueno, no podemos fiarnos de tu palabra, compañero. Así que...

Maryse se levantó de un salto y se dio mucha prisa para llegar junto a su cautivo.

La mirada desorbitada de Bags era tan angustiada que daba grima. Parecía que los ojos fueran a caerle fuera de las órbitas.

Maryse acercó el cuchillo a la barriga de Bags. Dio un tajo hacia arriba y cortó limpiamente su cinturón.

—¡No...!

Su voz se ahogó al ver la hoja de acero junto a su cara.

Dio un grito y se desplomó, inerte.

Cord soltó un gruñido.

—Hiciste una buena representación, encanto. Lo tomó tan en serio que se ha desmayado.

Ella rechinó los dientes. —No fue ninguna representación— dijo —. Iba a convertirlo en un inválido para el resto de su vida... y aún creo que lo haré.

Cord frunció el ceño, mirándola. Lo que vio en las salvajes pupilas de la mujer le convenció más que sus palabras de que, realmente, estaba dispuesta a hacer, lo que aseguraba.

No dijo nada. Desgarró la camisa de Bags y con los pedazos hizo una bola, que introdujo en su boca. Luego, con otra tira le amordazó apretando sin piedad.

—De momento, lo conservaremos —dijo—. Hay que sacar al otro..., y me parece que le utilizaré como compensación por las molestias que nos proporciona...

Sin que ella hiciera ninguna pregunta, Cord se dirigió al dormitorio en busca de su siniestro cargamento.

## CAPÍTULO VII

Geisler cerró la puerta a sus espaldas y encendió la luz.

El apartamento no era ningún palacio, pero resultaba funcional y, sobre todo, muy útil, porque le permitía controlar de cerca su negocio, establecido en la planta baja.

Había sido una buena noche. Pensando en la cálida, piel de la pelirroja le parecía sentir aún su perfume, el contacto ardiente de sus caricias. No importaba que fueran unas caricias mercantilizadas. Había sido una buena noche y todo lo demás eran gaitas.

Geisler era un hombre gordo, grasiento, con cara rojiza y abotargada, que estaba satisfecho de sí mismo sin importarle en absoluto su aspecto. Nunca desperdiciaba un dólar fácil, viniera de donde viniese. Para ello contaba con buenas amistades, contactos en todas las esferas, y especialistas para cualquier trabajo.

Se dirigió al dormitorio pensando en su buena estrella. Encendió la luz de la habitación y cuando ésta brilló, se apagó su buena estrella.

El tipo, tendido muy rígido en su propio lecho, estaba muerto, de eso no cabían dudas. Boqueó, luchando por calmarse.

Luego avanzó cautelosamente, como si el muerto pudiera, descargarle un zarpazo. Cuando reconoció aquella cara tiesa, sintió que el suelo oscilaba bajo sus plantas.

—¡Frank Boven! —jadeó, ahogándose.

Rodeó la gran cama, mirando el cadáver desde todos los ángulos, tratando de descubrir el agujero de las balas. Porque estaba seguro que Boven, había muerto de un tiro.

Sólo vio rastros de sangre en los oídos, y una posición absurda de la cabeza.

Sintió un escalofrío, porque aquella manera de morir le sugería imágenes aterradoras, de un salvajismo increíble, entibiándole las manos y sudando como un condenado, descolgó el teléfono y marcó

un número que sabía de memoria.

Esperó hasta obtener respuesta. Entonces se identificó, antes de preguntar:

—Busco a Ray Bags. ¿Está por ahí, Jim?

—No, señor Geisler, está noche no ha venido.

—¿Estás seguro? Pregunta a los camareros...

—Un momento.

Esperó rabiando de impaciencia. Luego, la voz del teléfono anuncio:

—Nadie le ha visto esta noche, señor Geisler. Si quiere dejar un recado para él, en caso de que aparezca...

—Sólo dile que me llame por teléfono. No importa la hora que sea.

Colgó de golpe. Se restregó la cara para librarse del pegajoso sudor. Volvió a mirar el cadáver que usurpaba su lugar en el lecho. Boven no había muerto en esa cama, eso era seguro.

Entonces, ¿cómo...?

Sintió un brutal sobresalto cuando cayó en la cuenta de que, quienes fuesen los que lo habían traído, aún podían estar ocultos en el apartamento.

Corrió hacia la mesilla de noche, abrió el cajón y empuñó una pesada automática que siempre tenía dispuesta.

Con el arma en la mano se sintió mucho más seguro. Decidió iniciar el registro, sólo para tranquilizarse...

No tropezó con Gordon Cord hasta que penetró en su pequeño despacho privado. Cord estaba hundido en una butaca y se quedó mirándole con aquellos ojos de serpiente que apenas parpadeaban.

Geisler agarró los dedos en torno a la pistola y barbotó:

—¿Quién diablos es usted?

—Los nombres apenas importan, Geisler. Pase y siéntese. Tenemos mucho de que hablar.

—¡Maldito sea si lo hago! Sólo levántese de ahí. Voy a enseñarle algunos trucos, si es usted el tipejo que ha dejado ese paquete en mi dormitorio.

—Pensé que Boven le pertenecía, por eso se lo devolví.

—Debe estar mal de la sesera..., andar paseándose con un fiambre, sólo para impresionarme.

—Y lo he impresionado. De cualquier modo, aún se

impresionará más cuando le diga que su otro mensajero, Bags, está a buen recaudo, un tanto estropeado el pobre.

—Ya veo... Trabaja usted para la fulana.

—¿Qué fulana?

—Ya lo sabe. Y ya habló demasiado.

El dedo se le tensó en el disparador. Cord dijo:

—Ese chisme debe hacer suficiente ruido como para poner de pie todo el distrito...

—¿Cree que soy idiota? Estas paredes son a prueba de ruidos. Y usted y yo somos los únicos ocupantes de todo el edificio, de modo que, gran hombre, buen viaje al infierno.

Tiró del gatillo, rabiosamente.

No ocurrió nada. Frenético, volvió a probar suerte y la pistola continuó inactiva.

Cord dijo, amablemente:

—No creo que consiga nada, Geisler. Me tomé la libertad de quitar los cartuchos cuando registré el piso.

Geisler barbotó una barbaridad y, empujado por la cólera, arrojó la pistola contra Cord. Éste esquivó, levantándose. Para entonces, era él quien empuñaba un arma, y ésta llevaba un excelente silenciador.

—Perteneció a su amigo Bags, ¿sabe? —le informó con soma—. Voy a ver si este trasto es tan silencioso como parece.

Geisler retrocedió unos pasos, hasta dar de espaldas contra la pared.

Vio levantarse el martilleo del revólver. Ahora, el sudor le corría a torrentes por todo el grasiento cuerpo.

—¡Espere...! —boqueo.

—Tú no esperaste nada para intentar agujerearme...

—Podemos... hacer un trato.

—¿De qué clase?

—A usted debe pagarle esa fulana... yo le daré el doble, sólo para que salga de aquí sin disparar.

—Olvídalo. Sólo hay una clase de moneda con la que puedas negociar.

—Dígame cuál.

—Informe. Por ejemplo, el tipo que te encargó liquidar a Maryse Lecler.

—Eso es imposible... No sé nada de él.

—Entonces, no tienes nada que ofrecer a cambio de tu sucio pellejo. Abur, camarada.

De nuevo, el revólver se alzó un poco, como afianzándose en su objetivo.

—¡No dispare...!

—Estás prolongando tu propia agonía. Eso resulta peor que el mismo balazo, que apenas sentirás, con toda esa grasa que te recubre.

—¡Se lo diré...!

—¿Qué me dirás, el número de tus calcetines?

—Le hablo en serio... Podrá encontrar al tipo que me encargó matar a esa fulana...

—Llámalas fulanas otra vez y revientas.

—¡Condenación! ¿Cree que me importa lo que sea? El dijo que era una cualquiera, por la que nadie movería un dedo.

—¿Quién dijo eso?

—El tipo que me pagó.

—Ese tipo tiene un nombre, digo yo.

—Se Mama Everts.

—¡No me digas!

—Por lo menos, yo sólo lo conozco por ese nombre.

—¿Cómo te pones en contacto con él?

—Por teléfono.

—Eso es muy malo para ti.

—¡Maldito sea! Puedo entregárselo en bandeja, si me da su palabra de dejarme en paz.

—Te contradices. Si todos tus contactos con él son por teléfono, ¿cómo puedes saber dónde echarle el guante?

—Porque en estos negocios acostumbro cubrirme las espaldas, por lo que pueda pasar. El me dio un número de teléfono... y yo repartí algún dinero para saber a quién pertenecía. Fue así de fácil... De este modo, si las cosas salen mal, o si alguien anda remiso a la hora de pagar lo convenido, siempre tengo un triunfo en la manga.

—Un tipo muy miso, ¿eh? Ahora veamos dónde está ese caballero.

—Antes quiero garantías de que no disparará contra mí...

—Eso me va a costar un doloroso sacrificio... Bueno, te doy mi palabra de honor. No te pegaré un tiro.

Geisler lo pensó un poco. La cosa no le gustaba poco ni mucho.

—No puedo fiarme de un tipo como usted —balbució.

—Me parece que aún no te has dado cuenta cabal de tu situación, Geisler... Si no te fías de mí, no me dirás lo que quiero saber. Y si no me dices lo que quiero saber, tendré que disparar un par de veces, sólo para comprobar de qué clase de basura estás relleno, de modo que si quieres seguir respirando, sólo tienes un camino.

Eso, Geisler lo sabía perfectamente.

—Tiene alquilado un *bungalow* —dijo—. Es el número trescientos siete de la calle Laurel, en Long Beach.

—Ahora soy yo quien no puede fiarse de tu palabra. ¿Cómo sé que no me estás tendiendo una cortina de, humo, sólo para evitar que te pegue un tiro?

—¡Hombre, podrá encontrarme siempre que quiera! No pienso abandonar mi negocio, si usted me deja en paz.

—Lo abandones o no, te encontraré, así te escondas en el infierno.

—No tendrá necesidad de buscarme, porque le he dicho la verdad. Encontrará a Everts en ese *bungalow*.

—Eso espero, Geisler...

Cord se dirigió a la puerta andando de espaldas. El gordo dio un respingo.

—¡Eh! ¿Qué hago con el fiambre? ¡No puede dejármelo aquí!

—Lo puedes embalsamar y guardarlo como recuerdo de una estupidez.

—¡Espere un minuto...!

Cord enseñó los dientes en una mueca de burla, abrió la puerta y desapareció.

Geisler estuvo maldiciéndole por espacio de varios minutos, hasta que se convenció de que eso no le llevaría a ninguna parte. Entonces empezó a pensar en la mejor manera de librarse de aquel macabro estorbo.

## CAPÍTULO VIII

Era casi la hora del alba cuando Cord aparcó el coche no lejos del apartamento en que vivía. Encendió un cigarrillo antes de apearse, reflexionando sobre los últimos acontecimientos.

Había materia suficiente para llenar un libro, y la mayor parte de ella no resultaba ni medianamente convincente. Habría que tener una nueva charla con Maryse antes de adoptar una determinación.

Cerró el coche y caminó por la acera del edificio de apartamentos. Justo cuando llegaba a la puerta, los dos hombres salieron de las sombras, flanqueándole en una actitud que no admitía dudas.

—¿Es usted Gordon Cord? —rezongó el de la derecha.

—Seguro.

—Nos ha hecho perder toda la noche. Camine y no complique las cosas.

—¿Hacia dónde?

—Tenemos un auto en la esquina. Queremos hablarle.

—¿Sólo hablarme?

—No se haga el gracioso.

Le empujaron acera abajo hasta la esquina. Allí había un sedan negro, esperando.

—Apóyese en la carrocería, Cord. Ya sabe cómo. Queremos registrarle.

—No hagan el ridículo. ¿Qué creen que es esto, un serial de televisión? Llevo una pistola en la funda axilar.

—Compruébalo, Mark.

El aludido le tanteo el costado hasta apoderarse de la automática.

Con la misma arma le propinó un seco trallazo a un lado de la cabeza. Cord sintió que se le aflojaban las piernas.

—Ahora, escuche, Cord, y no eche en saco roto nuestros

consejos. ¿Atento?

—¡Adelante, hijo de perra!

—Va a olvidarse, definitivamente, del individuo que busca. Maisch, ya sabe. Como si jamás hubiera oído el nombre. Maisch no existe, no ha existido nunca...

—Ya veo...

—Y si existiera y usted se tropezara con él algún día, ni siquiera le miraría a la cara. ¿Está claro?

—Como la luz.

El otro le golpeó otra vez. Todo empezó a girar a u alrededor en medio de una oleada de dolor y de ira.

—Eso para remachar nuestros consejos. A ver; repita lo que he dicho.

Obediente, Cord repitió, casi palabra por palabra, lo que había oído.

El que empuñaba su propia pistola soltó una risita.

—Buen chico —cacareó—. Y nos habían dicho que era un tipo duro...

Cord gruñó:

—Alguna vez...

—Cierre la boca y escuche, que aún no hemos terminado. Tiene que saber que si nos vemos obligados a volver por segunda vez, ya no seremos razonables. Usted sufrirá un lastimoso accidente. Ya sabe cómo son esas cosas, Cord.

—Sí.

—Ahora, antes de separarnos, díganos por qué busca a ese Maisch.

—Si no existe, ya no le busco.

—Bueno, por qué le buscaba.

—Me hablaron de él.

—¿Quién?

—Lo he olvidado.

El de la pistola le golpeó detrás de la oreja. Sintió un estallido de dolor en la cabeza y se dejó caer de rodillas. Hubo de apoyarse en el suelo con las manos, para no caer de bruces.

—Esos tipos de la vieja escuela son tan blandos como un flan —comentó el otro—. Levántese, Cord, aún no hemos terminado.

Sentía un odio frío, letal y salvaje, como pocas veces

experimentara a lo largo de su agitada vida, porque sabía perfectamente de dónde procedía este asalto.

—Dame tiempo —barbotó, sacudiendo la cabeza.

—Arriba, Cord, o te levanto a puntapiés.

—Bueno...

Antes de recobrar la verticalidad, de su mano derecha brotó un corto relámpago y el de la pistola dio un salto y un grito antes de desplomarse.

—¡Y tú, puerco hijo de perra, no muevas ni las pestañas, porque estoy ansioso por mandarte al infierno!

—¡La hizo usted buena, maldito estúpido...!

—No te quejes. Tu compinche sólo tiene una rodilla hecha migas... No volverá a caminar normalmente en su vida. Levántale, pero no toques la pistola ni con la mirada... Así está bien, apóyalo contra el coche, de espaldas a mí.

Esperó a ser obedecido. Entonces descargó un salvaje culatazo en la cabeza del segundo asaltante y éste se apagó como una vela. Mi siquiera se quejó.

El otro dominaba los gritos de dolor que pugnaban por escapársele. Cord le registró, quitándole un revólver de cañón corto.

—¿Quién dio la orden, hermano? Y no pierdas el tiempo, si te han hablado de mí ya sabrás la clase de bestia que soy en estos trotes.

—Reherís.

—¿Desde Washington?

—Sí...

—¿Qué ordenó?

—Una paliza, nada más. Era para advertirte.

—Muy amable por su parte. ¿Estás en su grupo o en la Central?

—Formamos un grupo... aparte. No pertenecemos a la Central.

—Claro, claro..., nadie sabe nunca nada.

—¿Vas a llamar un médico de una vez, o quieres que me quede sin pierna?

—Puedes sentirte feliz por no quedarte sin cabeza. Dile a Roberts que estoy a punto de cazar a Maisch, y cuando acabe, con él me ocuparé de saldar la vieja cuenta. El entenderá.

—Mi pierna...

—Mereces perderla. No comprendo de dónde sacan gente tan

torpe en estos días...

Volteó la mano y el revólver casi se dobló al estrellarse contra un lado de la cabeza del hombre qué decía trabajar en la CIA.

Cord esperó verle caer hecho un ovillo. Entonces regresó al coche y emprendió la ruta de Bell Air. Por la menos, la casa donde habitaban los viejos fantasmas de su intimidad no era conocida por nadie, ni siquiera por la omnipotente organización a la que un día perteneciera...

Vació el vaso a grandes sorbos, hundido en el diván. Había corrido las cortinas y dejado casi cerradas las persianas para evitar la luz del sol, de modo que la estancia estaba en una penumbra íntima, cómplice de su sombrío estado de ánimo.

Cord no solía desconcertarse con facilidad. A lo largo de su agitada vida había visto y experimentado todo lo que un hombre puede ver y experimentar a lo largo de dos vidas normales. Sin embargo, en esta ocasión, era preciso reconocer que nada tenía sentido en el maldito embrollo en que se había metido de un modo tan estúpido.

Volvió a llenar el vaso. Había bebido tanto, que su cerebro comenzaba a flotar entre nubes de alcohol. No obstante, la obsesión de lo que sucedía, impedía que se rindiera al sueño.

Alguien de la CIA protegía a Maisch, eso quedaba fuera de dudas. Estaba decidido a que nada le sucediera al tipo, llegando hasta el crimen si era necesario. Cord sabía mejor que nadie que una organización carente de escrúpulos, sin asomo de moral, puede contar con gente que va a lo suyo y que no pierde el tiempo ni corre riesgos protegiendo a nadie, excepto si con esa protección se protege a ella misma.

¿En qué podía Maisch proteger a ciertos miembros de la CIA?

O, mejor aún, ¿cómo podía perjudicarle si caía en manos de alguien como Cord?

—Es todo un problema —gruñó, en voz alta.

Estuvo bebiendo y dándole vueltas al misterio hasta que el alcohol le venció. Su cabeza cayó pesadamente contra el respaldo del diván, el vaso se deslizó de entre sus dedos, y Maisch se esfumó definitivamente.

En su lugar, surgieron los antiguos recuerdos, aquellas imágenes de dolor, de ira, de frustración y de muerte.

Despertó pasado el mediodía, pero se sentía torpe, abotargado y aturdido. Se fue al dormitorio, tirándose vestido sobre la cama.

Ya era de noche cuando volvió a vivir. El rito de despejarse se repitió, como otras tantas veces. Sentía náuseas y un dolor de cabeza atroz, pero todo eso carecía de importancia. Estaba habituado a ello.

Pero lo otro sí era importante. El hecho de que los fantasmas del cerebro no huyeran al despertar, era inquietante. No podía librarse de ellos. Ni de la imagen de Susane, ni de lo sucedido. Ni de su estupidez al no matar, entonces; a los responsables y, sobre todo ello, no haberse pegado un tiro antes de que la herida se volviera purulenta e incurable.

Se equipó concienzudamente para la aventura nocturna. Ahora ya no se trataba sólo de ayudar a Maryse. Era un asunto mucho más personal, porque el hecho de que alguien aprovechara su influencia en la CIA, destinara hombres y dinero en proteger a Maisch, aun a costa de machacar a uno de sus exesbirros profesionales, era como para tenerlo muy en cuenta.

Así que, cuando emprendió el camino de Long Beach, lo hizo valorando a Maisch en todo lo que pudiera valer.

El *bungalow* era un lugar hermoso y discreto, en un distrito perfectamente respetable. Cord abandonó el coche a cierta distancia y caminó por la acera sin prisas cual un paseante cualquiera que hubiera decidido salir a tomar el aire antes de acostarse.

En el *bungalow* habitado por el tal Everts había luz en dos ventanas. Cuando estuvo más cerca, descubrió que una de ellas estaba abierta de par en par.

Sonrió como un chacal. Casi había estado seguro de que las cosas sucederían de ese modo.

Se dirigió al garaje, anexo a la fachada posterior de la casa. Forzó la cerradura sin, dificultad y entró con cautela.

Había un gran «Bentley» gris plata, que hablaba muy alto de los gustos y aficiones del propietario.

Pero para lo que Cord había penetrado en el garaje, daba lo mismo esa joya mecánica que un destartado cacharro.

Quitó el tapón del depósito de la gasolina, encendió una cerilla y la tiró dentro.

A pesar de que se dio una prisa endiablada en saltar hacia la

puerta, la brusca explosión le chamuscó los cabellos. Rodó dando tumbos, mientras el estallido de la gasolina convertía el garaje en una antorcha rugiente.

Quedó agazapado en la oscuridad, y desde allí vio al hombre que salió trotando de la casa.

Era alto, distinguido, y vestía un pantalón gris y un batín de seda.

Antes de que el individuo pudiera volver sobre sus pasos, Cord le incrustó el cañón del silenciador en la espalda.

—¡Tranquilo, eso es sólo el principio! Quítate el batín y luego daremos un paseo.

El tipo sufrió un ligero sobresalto. Luego obedeció desprendiéndose de la prenda de seda y echando a andar hacia la zona más oscura del jardín.

De las viviendas más próximas llegaban gritos y rumor de pasos.

—Alguien llamará a los bomberos, supongo... ¿Tenías en mucha estima ese coche, Maisch?

El otro se detuvo en seco.

—¿Qué nombre dijo?

—Maisch.

—Yo me llamo Everts. Raymond Everts.

—Y yo Caperucita Roja. ¡Camina, hermano!

El otro siguió adelante hasta el seto. Lo pasaron sin dificultad, encontrándose en una calle estrecha por la que apenas si se veía a nadie.

Cord recomendó:

—Si llamas la atención, te mato. Supongo que ya lo sabes.

—No comprendo nada.

—Creí que eras un buen profesional. Maryse te sobrevaloró.

—Sigo sin entender una palabra. ¿Me dirá, de una vez, qué significa todo esto?

Llegaban a una esquina. Cord ordenó hacer alto.

—Ahora que no hay posibles mirones, coloca las manos detrás de la nuca, enlaza los dedos y no te muevas ni media pulgada. A mí tanto me da matarte, como dejar que sea ella quien te haga el funeral.

—No llevo armas, si es eso lo que le preocupa.

—Hermano, me preocupas y de qué modo. Lo mismo que yo te

preocuparía a ti, si los papeles fueran al revés. Las manos en la nuca, pronto...

Cuando le hubo registrado con gran cuidado se echó atrás.

—Confiaba en que llevases, por lo menos, un cortaplumas. Quítate los zapatos, Maisch.

—¿Los zapatos?

—Ya lo oíste.

También obedeció. Cord se apoderó de ellos con la izquierda y luego empujó a su prisionero hacia la otra calle.

Llegaron al coche cuando una sirena aullaba, aproximándose.

—Entra en el auto, Maisch.

Él se coló detrás sentándose al lado del cautivo, pero hundiéndole el largo cañón en las costillas.

—Ahora, Maisch, tú y yo haremos un viajecito. Maryse tiene algunas cosas que decirte.

—Es mejor que hablemos usted y yo primero, Cord.

—¡Ajá, has decidido quitarte la careta!

—Sabía que vendría por mí. Me ganó por la mano, porque yo le había tendido una trampa dentro de la casa...

—Era evidente que estabas sobreaviso. Geisler debió llamarte, ¿no es cierto?

—Geisler me dije lo sucedido con usted. Pero otros me previnieron.

—¡Claro! También pensé que lo harían.

—Sus camaradas son gente muy curiosa, Cord.

—Digamos que mis excamaradas, ¿te parece?

—Como guste. Soy un buen profesional, como usted dijo. ¿Qué va a seguir ahora?

—Usted va a morir, Maisch.

—¿Cuánto le paga ella por hacer eso?

—Lo crea usted o no, éste es un trabajo gratuito. En nombre de una vieja amistad, para decirlo de algún modo. Usted provocó el resentimiento de Maryse al quejarse con su parte del botín. Es peligroso enemistarse con una mujer de su temple, y usted debería saberlo con su larga experiencia.

—¿Eso le ha contado ella?

—Más o menos.

—Le engañó, por supuesto. La cosa sucedió al revés y ella no se

quedó con una parte. Se lo embolsó todo. Dos millones de dólares.

—¿Dos millones?

—En moneda segura. A estas horas deben estar depositados en alguna cuenta suiza.

—¿Cuál fue el trabajo para que les pagasen esa suma?

—Eso, amigo mío, es un triunfo que me guardo para el final de la partida.

—Esta partida ya está jugada. Usted la perdió.

—Todavía no. Cord. No sólo soy un buen profesional. Soy el mejor en mi especialidad.

—Modestia aparte, Maisch. ¿No se dice así?

—Desde que supe que era usted quien andaba detrás de mí, supe que habríamos de encontrarnos, cara a cara. Usted también fue un buen profesional. De modo que calculé las posibilidades y tracé planes...

—¿Y qué con eso? No van a servirle de nada.

—Yo creo que sí me servirán. Escuche, Cord. Maryse Lecler le encargó matarme porque sabe que nunca disfrutará en paz de esos dos millones de dólares, mientras yo viva.

—Aunque eso fuera cierto...

—Voy a comprarle mi vida, Cord.

—¿Con qué moneda?

—Susane Glen.

Hubo una conmoción en lo más profundo del alma de Cord. Algo como un desgarrón que sangrase a torrentes, hacia adentro.

Lanzó la izquierda y atrapó a Maisch por los cabellos, doblándole salvajemente la cabeza.

—¿Qué sabe de Susane? —Chirrió.

—Todo lo que hay que saber. ¡Y suélteme...! No le lleva a nada práctico mostrarse violento.

—Usted no tiene idea de mi concepto de la violencia, Maisch.

—¡Suélteme le digo!

Le soltó a regañadientes.

—Ahora veamos su gran idea.

—Puedo conseguir que suelten a Susan, Cord. Puedo conseguir, que se la devuelvan... a cambio de mi vida.

—No creo que ella esté con vida.

—Vive. Precariamente, pero vive en una cárcel soviética.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo vivo de saber esta clase de cosas. Las archivo en mi mente y, por lo general, siempre rinden beneficios.

Maisch suspiró.

—Su gente de la CIA me han colocado en un mal lugar, Cord. Debieron eliminarle a usted, como me prometieron que harían. Bien, ya no tengo nada que agradecerles. Le daré a usted algo tan grande que, a cambio de ello, los rusos soltarán a Susane como si fuera un hierro al rojo.

—¡Acabe!

—¡Oh, no, mi querido colega! Un trato es un trato.

—Sabe lo que le haré, si todo esto es una trampa...

—Sé la clase de carnicero que fue en sus buenos tiempos. No quiero experimentar sus habilidades en mi propia carne. Le facilitaré la historia completa. Con pruebas, Cord.

—Y con esa historia en mis manos, conseguiré liberar a Susane, ¿eh?

—Tan seguro como que es de noche.

—¿Sabe una cosa, Maisch? Es posible que salve el pellejo, después de todo. Le escucho.

—Sé cuándo he perdido una partida de esta clase. La historia se refiere a un cargamento de uranio enriquecido... que se esfumó. Doscientas toneladas.

—¿Qué?

—Lo que oye. ¿Nos ponemos de acuerdo, en cuanto a mi salud?

—Diga sus condiciones.

Maisch empezó a hablar.

## CAPÍTULO IX

El hombre de la embajada rusa era tan inexpresivo como una momia. Y no le gustaba derrochar palabras.

—Pruebas —dijo—. Si tiene usted pruebas de cuánto, afirma, el trato podrá cerrarse sin mayor dificultad.

—Primero quiero estar seguro de que ella vive.

—La verá cuando se la entreguemos. Usted nos dará esas pruebas sólo cuando la haya visto viva.

—De acuerdo.

El ruso encendió un largo cigarrillo. Estaban sentados en un banco del McArthur Park, bajo la agradable sombra de los árboles, oyendo los chillidos de los niños y el rumor de pies sobre la gravilla de los paseos.

—Dígame sólo una cosa, Cord... ¿Qué es esa mujer, para usted?

—Todo.

—Comprendo. Otra debilidad de sus costumbres occidentales. Un hombre con su clase de trabajo jamás debe mezclar el amor con su profesión.

—Guárdese sus consejos. ¿Cuándo se hará el cambio?

—Deme tiempo... Cinco, diez días. No lo sé...

—¿Dónde?

—Sería mejor en Europa. Berlín, por ejemplo.

—Olvídalo. Llegan aviones de la Aeroflot al aeropuerto de Los Ángeles. Tráiganla aquí.

—Lo consultaré.

—Y dese prisa, porque no estoy seguro de contenerme. Daría cualquier cosa por hacer público este asunto.

—Usted no hará tal cosa, Cord, si quiere ver a esa mujer viva y a su lado.

El ruso se levantó y, sin despedirse, echó a andar, desapareciendo poco después.

Gordon esperó unos minutos y luego se encaminó al apartamento de Maryse.

La hermosa mujer se mordía las uñas de nerviosismo.

Tan pronto hubo cerrado la puerta le espetó:

—¿Dónde demonios estuviste? Creí volverme loca todo ese tiempo... y con ese maldito individuo ahí, mirándome con sus ojos de pescado...

—Anduve de aquí para allá.

—¿Desde anoche?

—Desde mucho antes —repuso Cord, dando un vistazo al amordazado prisionero—. Uno nunca acaba de aprender cosas en este mundo.

—¿De qué está hablando?

De pronto, volteó la mano y la abofeteó. La violencia del golpe lanzó a la muchacha hacia atrás, a punto de caer.

Maryse dio un grito y cuando pudo recobrar el equilibrio, balbuceó, llevándose la mano a la enrojecida mejilla:

—¿Te has vuelto loco tú también?

—Bien pudiera ser.

—¿A qué viene eso, golpearme y mirarme de ese modo?

—Si yo fuese un tipo consecuente, preciosa, no te habría golpeado. Te hubiera hundido un cuchillo en la barriga, pero los tiempos cambian y uno se vuelve perezoso, pacífico y tranquilo. De modo que tu amigo Maisch se quedó con tu parte del botín...

—¡Claro que se quedó con todo!

—¿Cuánto?

—¡Maldito si eso te importa! ¿O quieres una parte? ¿Es por eso que intentas saber cuánto puedes sacarme?

—¿Cuánto dinero se embolsó Maisch? Sólo dime eso. Empiezo a pensar como un hombre de negocios:

—Ya entiendo. Quieres que te pague tu ayuda.

—Digámoslo así.

Ella lo fulminó con sus ojos llameantes.

—Medio millón —dijo, lentamente, segura de impresionarle—. Ése fue el dinero.

—¿Para los dos?

—Sí.

—O sea, que tu socio te birló un cuarto de millón.

—Exactamente.

Cord la observó con una sombría expresión en su rostro.

—Decididamente —gruñó—, me hago viejo. En mis buenos tiempos no hubieras podido engañarme ni cinco minutos. Estoy en baja forma, no cabe duda.

—¿En qué infiernos crees que te engañé?

—En todo, corazón. En todo. No dijiste ni una sola verdad, excepto que Maisch intentaba cazarte. Eso sí es cierto, pero todo lo demás es pura fantasía.

Ella estaba lívida.

—¿Con quién hablaste, quién te llenó la cabeza de veneno contra mí, Gordon?

El encendió un cigarrillo, perfectamente tranquilo, al parecer.

Cómo al desgaire, dijo:

—Localicé a Maisch, preciosa. Anoche.

Ella casi pegó un salto de excitación.

—¿Le mataste? —jadeó.

—No.

—¡Maldito seas, acaba de una vez!

—Lo cacé. El me había tendido una ingeniosa trampa para cuando yo llegara a su guarida. A propósito, dijiste otra verdad al referirte a él. Le gusta el lujo. Bueno, a lo que iba..., su trampa le falló porque yo puedo estar en baja forma, pero aún no soy idiota.

—¿Y...?

—Le eché el guante, Iba a traértelo envuelto en celofán y atado con cintas de colores, sólo para que fueras feliz rebanándole el gaznate. Entonces dijo algo...

—¡Y tú creíste las palabras de ese puerco traidor hasta la médula...!

—Nena, te creí a ti y me tomaste el pelo. No iba a creer a un fulano como Maisch a las primeras de cambio. Contigo, al menos, me había acostado. Eso era algo que tratándose de Maisch no me seducía, así que exigí pruebas antes de tomar en consideración su historia.

—¿Pruebas?

—¡Ajá! Maisch es un buen profesional, querida. Ahora que yo estoy fuera de juego, el mejor del mundo, como él mismo dijo en un alarde de modestia. Además, trabaja en plan mercenario, de manera

que está bien organizado. No hay un solo trabajo que haya llevado a cabo en su vida que no esté perfectamente clasificado y archivado, por si alguna vez se le presenta la oportunidad de sacarle beneficios. Bien, lo mismo hizo con ese hermoso trabajito que hicisteis juntos.

—¿Te dijo...?

—Todo. Y me entregó tantas pruebas, que si yo tuviese un espíritu juguetón, ahora me dedicaría a hacer saltar la tapadera de medio mundo. También me habló de la parte financiera del asunto, y ahí es donde empecé a darme cuenta del modo cómo me habías lidiado.

—¿También de eso te dio pruebas? —preguntó Maryse, con evidente sarcasmo.

—No, reconozco que en eso no hubo prueba alguna. No tiene ningún recibo firmado por ti, pongamos por caso.

—Y también le creíste —la muchacha temblaba de cólera.

—También, preciosa.

—O sea, que ahora estás a su lado.

—Ahí te equivocas, Maryse, cariño. Ahora estoy del lado de Gordon Cord y te aseguro que éste es mi mejor amigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que de nuevo estamos tú y yo como antes de que me encontrases la otra noche. Yo volveré a mi rutina de todos los días..., aunque por poco tiempo. Y tú seguirás huyendo de aquí para allá, esquivando a tu amigo Maisch y sin poder disfrutar de esos dos millones de dólares que; hiciste desaparecer en un banco suizo... ¿Comprendes la idea, querida?

—¡No puedes abandonarme ahora, Gordon! —suplicó la mujer, lívida de espanto.

—¡Yo sola no puedo luchar contra ese demonio...!

—Eso debiste pensarlo antes, aunque te puedo comprender perfectamente, lo creas o no. Ese sucio trabajo embrutece hasta a un santo... si hubiera un santo capaz de meterse en él.

Gordon dio otra mirada al prisionero, congestionado bajo la mordaza y las cuerdas. Con una mueca, retrocedió hacia la puerta.

Maryse corrió hacia él llena de angustia, frustración y cólera.

—¡Espera! —chilló—. Te pagaré todo el dinero que quieras. La mitad de esa fortuna, Gordon. Un millón. ¿Te das cuenta? Tendrás

todo lo que se te ocurra desear... sólo con que mates a ese perro.

—Todo lo que yo deseo no está en tu mano proporcionármelo, Maryse.

Abrió la puerta y se detuvo en el umbral. Su rostro estaba más sombrío que nunca.

—Te deseo suerte, a pesar de todo —dijo—. Vas a necesitarla...

Cerró la puerta y se fue.

## CAPÍTULO X

El hombre de la embajada rusa aspiró el humo del cigarrillo, placenteramente sentado bajo la sombra de los árboles.

Con un suspiro, murmuró:

—Estoy habituándome demasiado a este ambiente, señor Cord. Esa relajación de costumbres, el clima..., las mujeres...

—Eso, ocupando el puesto que usted ocupa, puede ser perjudicial.

—Lo sé, y de eso me quejo.

—Al grano. ¿Qué han decidido?

—Sí, claro, al grano, las prisas..., todo eso. Su amiga está alojada en un hotel de Moscú.

—¿Quiere decir que la han sacado de la cárcel?

—Eso es. La magnanimidad del estado soviético no tiene límites, amigo Cord.

—Yo sé bien la clase de magnánimos que dirigen su país, así que no me haga propaganda. Sigamos con el negocio y todo irá bien.

—Bueno, es usted un hombre muy poco considerado, señor Cord. Pero hablando de ese negocio, ella estará en Los Ángeles dentro de una semana, a contar desde hoy.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Queremos que se encuentre repuesta de su estancia en la prisión, ¿comprende?

Cord le observó con las pupilas convertidas en dos rendijas.

—¿Quiere decir que estaba en tal mal estado que necesitan una semana para recomponer, un poco, los estragos de la cárcel?

—Yo no dije eso. Pero, lógicamente, una prisión no es un hotel.

—Ya veo... Debí suponerlo.

—Todo irá bien, se lo prometo. Cumpliremos nuestra parte del trato, si usted hace lo mismo.

Cord no replicó. Pensaba, y las ideas que se le ocurrían no

tenían nada de placenteras, precisamente.

De pronto gruñó:

—Sé la clase de tratamientos que infligen ustedes en sus prisiones..., de modo que es posible que Susane Glen se encuentre mucho peor de lo que usted quiere dar a entender... Si es así, puede jurar, ante la tumba de Lenin, que alguien, saldrá con la cabeza bajo el brazo.

—¡Cálmese! Ella está bien. Tal vez profundamente deprimida, nerviosa. Pero está reponiéndose en un buen hotel. Preocúpese de su parte en este negocio, porque si intentara esquivar su compromiso... Bueno, no necesito trazarle un dibujo de lo que sucedería.

—Ustedes tráiganla aquí. Lo otro carece de importancia para mí...

—Dentro de ocho días, a contar desde hoy —repitió el ruso—. Le avisaré la hora con tiempo suficiente para los últimos arreglos.

Se levantó, estirando cuidadosamente la impecable línea de sus pantalones.

Como al desgaire, Cord dijo:

—A propósito, ¿se ha dado usted cuenta de que nos vigilan?

El ruso se quedó helado.

—¿Quiénes? —jadeó.

—Al principio creí que eran de los suyos, pero me equivoqué. Mis excamaradas están muy alborotados de un tiempo a esta parte.

—¿Gente de la CIA?

El ruso parecía a punto de ahogarse.

—Seguro, pero no se preocupan por usted, sino por mí. Alguien se ha dado cuenta de que debieron quitarme de la circulación, hace mucho tiempo..., sólo que ya se les ha hecho demasiado tarde.

—Tenga cuidado, Cord. Queremos las pruebas de lo que me contó.

—Están en lugar seguro...

El ruso se fue apresuradamente. Cord aún permaneció unos minutos más, sentado en aquel banco del parque. Encendió un cigarrillo y por el rabillo del ojo dio un vistazo al coche negro parado en uno de los cercanos paseos.

Había dos hombres en él, esperando pacientemente.

Sonrió para sí. Decididamente, la Agencia se estaba atrofiando...

Al fin se levantó y con paso tranquilo, como otro paseante cualquiera, se dirigió adonde estaba aparcado el sedan negro.

Cuando llegó junto al coche, se inclinó hacia la ventanilla y dijo con sorna:

—Espero que se aburran demasiado.

—¿Qué...?

Los dos le miraban afectando una absoluta sorpresa.

—Me parece lamentable que se tomen tantas molestias, camaradas, así que voy a decirles dónde estaré en las próximas horas. Primero, a mi apartamento. Ya conocen la dirección. Luego, comeré en el

Joe's.

También saben dónde está, porque me siguieron hasta allí, y luego regresaré a mi apartamento. Como ven, un programa de lo más pacífico. Necesitó tranquilidad estos días. Y seguridad. ¿Comprenden?

—Oiga, ¿de qué manicomio ha escapado usted?

—Del mismo en que están encerrados ustedes. Tómenselo con calma. Y a propósito, denle un recado a Roberts de mi parte.

—¿Roberts?

—En Washington, ya saben... Díganle que le he colocado una bomba bajo las posaderas. Una bomba que va a estallarle dentro de una semana.

Hizo un gesto burlón con la mano y se fue.

El coche siguió donde estaba, con los dos desconcertados espías tratando de decidir sus siguientes pasos.

Cord sintió deseos de echarse a reír. Pensó que, en ocasiones, hasta el riesgo y la probable muerte pueden ser divertidos...

Ray Bags, el frustrado asesino, aspiró aire hasta el fondo de los pulmones cuando Maryse le libró de la mordaza.

Luego, con voz ronca, balbució:

—¿Cuál es la idea ahora? No puede tenerme sujeto aquí hasta que muera de hambre...

Ella le observaba con una mirada calculadora y fría.

—Me pregunto realmente eso mismo. No tengo muchas alternativas. Usted vino a matarme. Le pagaron para hacerlo.

—Cambié de idea..., le diré a Geisler que renuncio, o le daré

cualquier otra excusa.

—Si yo creyera en sus palabras merecería que me mataran sin más. La única solución que me queda es librarme de usted definitivamente.

Bags se estremeció.

—¡No puede hacer eso! —jadeó—. Ese individuo que estuvo aquí podrá chantajearla algún día, porque él sabrá la verdad... Y Geisler... no se quedará quieto. Usted no estará segura en ninguna parte...

—Habría otra solución si yo pudiera fiarme de usted, Bags. ¿No dijo que se llama así?

—Raymond Bags. ¿Cuál es esa solución?

—Que trabajara para mí.

El asesino enarcó las cejas.

—¿Para usted?

—En un trabajo de su especialidad, claro.

—Explíquese.

—Encontrar a un hombre y matarlo.

—¿Y me pagaría?

—Cien mil dólares.

Bags casi se ahogó al oír la cifra.

—No la creo —balbució—. ¡Cien mil pavos! Nadie es tan tonto de pagar esa suma si...

—El hombre al que debería matar lo vale. Es muy peligroso. Y astuto como el demonio.

—Por cien, de a mil, nadie sería más peligroso y astuto que yo.

Ella suspiró. Estaba asustada y necesitaba agarrarse adonde fuera, para adquirir un poco de seguridad.

—De todos modos —murmuró—, no creo que pudiera usted localizarlo... sin saber cómo lo consiguió Cord, ¡maldito sea!

—Veamos si he comprendido. Por lo que hablaron usted y ese fulano, el tipo que usted quiere liquidar la busca a usted con los mismos propósitos, ¿no es cierto?

—Sí, él quiere matarme a mí.

—Y usted piensa que la localizará Tiene miedo por eso, si no me equivoco.

—Tiene más probabilidades de encontrarme él a mí que yo a él.

Bags soltó un juramento.

—Entonces, hagámoslo del modo más fácil. Le dejamos que la localice y cuando venga a por usted, yo entro en acción y lo tumbo. Seré su, guardaespaldas.

Maryse lo pensó detenidamente. No había creído que un cretino como Bags fuera capaz de elaborar una sola idea original, pero lo que había dicho tenía sentido.

—Podría hacerse —masculló entre dientes—. Siempre que no se confiase usted en ningún instante. Ese hombre es un auténtico demonio, un profesional, ¿entiende...?

—Una bala bien dirigida termina lo mismo con un profesional que con un aficionado.

—Eso es verdad, Bags.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—Le daré la oportunidad de ganar cien mil dólares.

Bags profirió un largo suspiro de alivio. De momento, había salvado el pellejo, y había cien mil dólares en perspectiva. Una fortuna con la que nunca se había atrevido a soñar siquiera.

No obstante, Maryse añadió con voz chirriante:

—Sólo una advertencia más, Bags. Si tuviera la idea de traicionarme, olvídelo, porque yo también soy profesional. Le mataría sin pestañear, y del modo más sucio que se me ocurriese. ¿Está claro?

—Oiga, señora, si cree que voy a desperdiciar cien mil dólares por lealtad a Geisler, es que está loca.

—Muy bien.

La muchacha tomó el cuchillo y cortó las ligaduras del que fuera su prisionero hasta ese momento.

Bags se frotó las muñecas amorosamente. Luego, con todos los músculos entumecidos, se levantó yendo a sentarse en una butaca.

—Deje que me recobre —gruñó—. Luego discutiremos los detalles del plan. ¿Dónde está mi revólver?

—El se lo llevó.

—Voy a necesitar un arma, compréndalo...

—Queda el revólver de su compañero, el que mató Cord.

—Boven —dijo Bags, estremeciéndose—. Servirá.

—Habrá de quedarse usted aquí, de momento, hasta que hayamos trazado un plan.

—¿Tiene, comida y bebida? Sobre todo, bebida... *Whisky*.

—No. Sólo cerveza.

—Irá usted a comprar *whisky* y algo para comer. No tenemos ni idea del tiempo que deberemos quedarnos aquí, y se me ocurre que cuánto mejor lo pasemos, más en forma nos encontrará ese fulano..., si es que consigue dar con usted.

Maryse hizo una mueca.

—No me interesa dejarme ver demasiado en la calle. Salga usted a comprar lo que quiera y regrese cuanto antes.

—De acuerdo. ¿Cómo está usted de dinero, a mano? No voy a financiar yo la operación.

Maryse entró en el dormitorio y volvió a salir con un fajo de billetes.

—Como anticipo para cerrar nuestro trato. Ahora vaya a comprar lo que desee y vuelva.

—Me parece que va a gustarme trabajar para usted...

Bags se dirigió a la puerta seguido de la mujer. Ésta le recomendó:

—Pasaré la cadena, de seguridad cuando haya salido. Al volver, dese a conocer para que le abra.

El asintió y abrió la puerta.

El hombre que estaba al otro lado le incrustó el largo cañón de un revólver en la barriga y empujó:

—¡Atrás! —Gruñó—. ¡Y nada de gritos!

Maryse boqueó. Iba a gritar, pero no encontró voz con que hacerlo.

Estupefacto, Bags retrocedió.

Maisch cerró la puerta y... enseñó los dientes en. Una fea mueca.

—Está visto qué si uno quiere lo mejor, debe hacerlo personalmente. ¿Éste es tu nuevo socio, Maryse?

—Escucha...

—Te escuché, querida —dijo Maisch con hiriente sarcasmo—. Te escuché mientras nos revolcábamos en la cama, y escucharte me costó un millón de dólares.

—Te lo devolveré... ¡Te daré un pagaré para esa cuenta cifrada en Suiza...!

—Ya lo creo que me lo darás, pero por dos millones. Ahora lo quiero todo, encanto. Tómallo como indemnización por daños y

perjuicios.

Bags se deslizó hacia la mesa. Había un pesado cenicero sobre ella. Cerró los dedos en torno a él, y entonces Maisch apretó el gatillo.

El revólver pareció emitir un soplo gracias al silenciador, pero la cabeza de Bags reventó como una fruta podrida y el cuerpo, casi decapitado, se fue dando tumbos hasta desplomarse más allá del diván.

Maryse se mordió los labios para no gritar.

—Ahora hablemos de negocios —gruñó Maisch, sin alteración alguna en la voz—. Ese pagaré es tu póliza de vida... Así que no pierdas tiempo.

—¿Y me dejarás en paz, si te lo doy?

—Contra mi voluntad, pero sí, te dejaré en paz. Me conformaré con el dinero y con la satisfacción de haberte dejado sin un centavo.

Ella lo dudaba, pero era la única esperanza a la que agarrarse, de modo que en pocos minutos hubo extendido el pagaré.

El dijo:

—Ahora una orden de pago; no quiero tener dificultades.

Rechinando los dientes, Maryse barbotó:

—¿Fue Cord quien te dijo dónde encontrarme?

—¿Cord? No, él no me dijo una sola palabra; más bien se limitó a escuchar. Ha sido el jefe de estas nulidades —añadió, señalando despectivamente el cadáver de Bags—. También ha pagado su fracaso y su ligereza de lengua.

Maryse se puso a escribir furiosamente.

Mientras estaba inclinada sobre la mesa, Maisch dijo:

—Nunca debí recurrir a estos aficionados, pero carecía de contactos en esta ciudad... Claro que siempre estuve decidido a cerrarles la boca...

—Por eso envenenaste el *whisky* del otro hombre.

—Y coloqué una maleta con doble fondo en su pocilga. El contenido hubiera vuelto locos a los policías, desviando por completo sus pesquisas. Cord lo estropeó en parte. Firma ahí, preciosa..., y piensa que esas firmas te cuestan dos millones de dólares.

Ella firmó y al levantar la cabeza le espetó:

—Has ganado, Maisch, pero no quisiera estar en tu pellejo.

Soltaste la lengua con Cord, y él hizo algunas averiguaciones respecto a ti en su antigua oficina. Esas gentes no admiten indiscreciones, de modo que ojalá te arranquen la piel a tiras.

Maisch rió entre dientes.

—Les va a costar un poco, querida.

Se embolsó el pagaré y la orden de pago escrita por Maryse.

Luego, sin una palabra, empezó a disparar.

Miró sin apasionamiento el cadáver de la mujer sacudió la cabeza.

—Estúpida —murmuró.

Abandonó el apartamento y descendió a la calle sin la menor prisa.

Tampoco se apresuró por la acera. ¿Para qué si nadie podía sospechar que acababa de cometer un doble asesinato?

Había alquilado un coche, después de la catástrofe provocada por Cord. Se instaló ante el volante silbando suavemente.

Introdujo la llave en el contacto, le dio vuelta y fue lo mismo que si hubiera abierto la puerta del infierno.

La explosión conmovió toda la calle y el coche voló materialmente por los aires en pedazos.

Los restos del cuerpo del espía internacional hubo que recogerlos con pinzas. Los enfermeros encontraron fragmentos sangrantes incluso estampados en las paredes...

## CAPÍTULO XI

El gigantesco reactor de la Aeroflot, la compañía soviética de aviación civil, se deslizó por la pista, evolucionó buscando su lugar de aparcamiento, y al fin se detuvo. El agudo chillido de sus motores aún tardó unos segundos en extinguirse.

Desde la cristalera de la llegada internacional, Gordon Cord no apartaba la mirada del brillante aparato. Sentía un ligero temblor en las piernas.

Al fin caminó hacia el exterior, colocándose al lado de la valla metálica. Llevaba una cartera negra en la mano.

El hombre de la Embajada rusa se colocó a su lado.

—¿Qué siente en estos momentos, Cord? —dijo, con ironía.

—¡Cállese!

—Sí... bueno, muchos nervios por lo que veo. Pero quiero examinar esos documentos antes de que se reúna usted con su amiga.

—Podrá hacerlo. Y no es mi amiga, sino mi esposa.

El ruso abrió la boca, sorprendido, pero no pronunció ninguna palabra.

Los pasajeros comenzaban a descender del aparato.

Las últimas en aparecer fueron dos mujeres.

Una era delgada, esbelta, y parecía estar indispuesta, ya que su acompañante daba la sensación de sostenerla. Ésta era alta y fuerte y de no ser por la falda, su tipo hubiera sido casi masculino.

A Cord el corazón le subió a la garganta. A pesar de la distancia reconoció a Susane Glen. Una Susane tan blanca como el yeso, mucho más delgada de como la recordaba, con profundos círculos oscuros en torno a los ojos.

El ruso dijo:

—Es ella, Cord. Su acompañante no la soltará hasta que yo le haga una seña convenida. Deme la cartera.

El se la entregó, sin apartar la mirada de las dos mujeres que se habían quedado muy rezagadas del resto de pasajeros.

El ruso se apartó unos pasos y abrió la cartera. Había un puñado de papeles dentro. Los revisó apresuradamente. Ostentaban, algunos de ellos, membretes oficiales americanos, y firmas y sellos que conocía bien.

Habría que examinarlos con otros medios científicos para estar seguros de su autenticidad, pero él no dudó de que eran geminos. Además, quería creerlo así porque ese triunfo personal le empujaría hacia la cumbre en su carrera.

De modo que hizo la seña convenida y en el acto las dos mujeres se separaron. La hombruna permaneció donde estaba. La otra caminó, sola, hacia la valla.

Al mismo tiempo el ruso avanzó en sentido opuesto, dirigiéndose al avión.

Cord notaba el loco batir de su corazón. No podía apartar los ojos y el alma de la mujer que caminaba hacia él, llenándose de su imagen recobrada, pero descubriendo, al mismo tiempo, los estragos de su cautiverio.

—¡Malditos! —jadeó salvajemente—. ¡Malditos hijos de puta...!

Ella se detuvo a dos pasos de Cord.

Movió los labios y apenas si pudo musitar:

—¡Gordon...!

Y empezó a llorar.

Un llanto manso, que inundó sus mejillas de lágrimas sin aspavientos, como un dique se rompe después de haber soportado una presión desproporcionada.

Entretanto, la mujer hombruna y el hombre de la embajada entraban en el avión.

Cord balbució:

—Ven, cariño.

Tendió los brazos y ambos se unieron sin hablar, con la valla en medio que les llegaba a la cintura.

Al fin, él la levantó en vilo.

Ella sollozó:

—¡Nunca creí... volver a verte!

—No hables, ahora. Ya habrá tiempo. Tenemos que largarnos de aquí.

—¿Cómo... cómo conseguiste...?

—Es una larga historia.

La gente les miraba, mientras avanzaban rápidamente hacia una oficina. A Cord se le desgarraba el alma porque de la Susane que perdiera no quedaba más que el recuerdo. Esa mujer recobrada era sólo la sombra de aquélla. Una sombra destruida, envejecida..., pero... a la que adoraba aún más, si cabe.

En la oficina había dos hombres. Uno anunció:

—Todo arreglado, Cord. Podemos marcharnos sin más trámites. Tenemos el coche fuera, vigilado.

—Está bien.

Salieron. El coche era un gran sedan negro. Susane se dejaba llevar sin una palabra, sólo apretándose contra el hombre que en espíritu la había acompañado en su torturante y lacerada cautividad.

Sólo cuando el auto estuvo rodando hacia el centro de, la ciudad musitó:

—¿Adónde nos llevan, Gordon? Quiero estar a solas contigo..., oír tu voz..., y que me escuches. Tengo tanto que contarte...

—Vamos a la redacción del Times. Y en cuanto a contarme, no quiero saber nada. Ni tú tampoco. Ahora tienes que olvidar y volver a vivir. Nuestra casa está esperándote tal como la dejaste.

Ella se acurrucó contra él, llorando de aquel modo quieto que daba grima.

El reportero, sentado al lado del conductor, volvió la cabeza y preguntó:

—¿Y los documentos, Cord? Usted me dijo que los podía aportar como pruebas...

—Los tendrá usted, Grant.

—Pero la cartera que le dio al ruso...

—A estas horas, ya no existe la cartera, ni el ruso... ni, posiblemente, el avión...

—¿Qué?

—Cosas que pasan. Uno sigue siendo un perro rabioso, lo quiera o no.

El periodista frunció el ceño.

—No estoy seguro de comprenderle...

—En su despacho, Grant.

El despacho era un cuchitril desordenado, donde lo único que parecía estar en su sitio era una botella de *whisky* casi llena.

Se encerraron allí y Grant tomó unos papeles llenos de apretada escritura.

—Vayamos al grano, Cord —dijo—. Según su relato, el asunto fue así: Un buque, carguero salió con doscientas toneladas de uranio, camufladas. Iba destinado a Inglaterra, para el programa nuclear conjunto...

—Ése era su destino aparente.

—Sí; ya me contó eso, también. En plena travesía, el buque lanzó un SOS y desapareció. Según todos los indicios se hundió en pleno Océano, en un lugar donde existe una sima de siete mil metros...

—Sólo que no fue el Caradan el que se hundió, sino otro carguero viejo, casi chatarra, el que fue sacrificado con toda su tripulación. Diecinueve hombres, Grant. Ese viejo cascarón se hundió como un plomo y en los alrededores aparecieron algunos salvavidas y un bote semihundido con el nombre del Caradón. De modo que, oficialmente, éste fue el carguero que se hundió.

—Y, entretanto, el verdadero Caradón era repintado en alta mar, cambiándole el nombre y el aspecto, mientras seguía su ruta... hacia Israel.

—Y allí fue a parar. De este modo, un agente sin escrúpulos, al servicio de determinados intereses y a espaldas de nuestro Gobierno, facilitó todo el uranio enriquecido que Israel necesitaba para poner a punto su arsenal atómico, sin que nadie sospechara y sin que Rusia pusiera el grito en el cielo. Usted mismo puede imaginar las consecuencias políticas, y de todo tipo, si semejante operación se hubiese hecho pública.

—Ahora, las pruebas, Cord.

Éste se desabrochó la chaqueta, despojándose del cinturón.

En los costados había dos reducidas carteras de piel. Las abrió, y de ellas extrajo unos papeles cuidadosamente plegados.

—Aquí tiene, los originales, Grant, con las firmas y sellos auténticos. Y una relación del agente que montó toda la operación por su cuenta y riesgo, apoyado por un grupo afín a la CIA. De este modo, si algo hubiera salido mal, le habrían cargado la responsabilidad a él, o a un sabotaje, o vaya usted a saber qué. Pero

nadie hubiera podido involucrar jamás a la CIA ni al Gobierno en ese sucio negocio. De este modo el grupo de presión que lo financió, no se atrevería contra él, la intervención legal del Gobierno, circunstancia que supondría su destrucción.

Grant comenzó a examinar los documentos, uno a uno.

Susane, pegada a Cord, susurró:

—¿Qué significa todo esto, Gordon?

—Eso, nenita, ha sido la llave que te ha abierto las puertas de la prisión. He entregado a los rusos una información aparentemente muy importante, pero la he dispuesto de tal modo, que no sacarán de ella nada en limpio; porque los datos que extraerán ya están superados por una tecnología más avanzada... Además... denuncié a la Prensa los manejos de un grupo de cerdos que pretendían involucrar en ello a nuestra Administración...

—¡Dios mío... fue eso...!

—No lo supe hasta que ya estuvo hecho. ¡Condenación! Debí matarlos entonces, a Roberts y los demás... De todos modos, sus artículos van a terminar con ellos...

Grant tragó saliva.

—Esto, Cord, va a estallar en el país como una bomba atómica, realmente.

—¿Va a publicarlo todo, tal como me prometió?

—¡Condenación, ya puede estar seguro! Y adornado con todo el resto de la historia que usted me facilitó. Esto hará saltar algunas cabezas en Washington; eliminará a algún político a quien interesa más los beneficios de ciertos grupos que el bien del país, por encima de apetencias bastardas...

Cord se levantó, con Susane entre sus brazos.

—Puede mencionar todos los nombres que quiera, incluido el mío —dijo como despedida—. Espero que alguien muera de un infarto al leerlo.

Llevó a la debilitada muchacha hacia el coche que el periódico había puesto a su disposición. Se hizo conducir a las inmediaciones de donde tenía el suyo estacionado, y luego condujo hacia las colinas, hacia el viejo paraíso perdido donde se guarecían los fantasmas del pasado.

—¿Estás bien, amor mío? —murmuró, poco antes de llegar.

—Temo defraudarte. He sufrido tanto, me hicieron...

—No lo digas. Olvidalo —chirrió él, salvajemente—. Todo eso pertenece al pasado y tú y yo sólo tenemos futuro. Aún hemos de vivir ese trozo de vida que nos arrebataron.

—Quizá sea demasiado tarde para vivir.

El sintió tentaciones de gritar. Luego, de pronto, apareció la hermosa casa que ambos crearon para que fuera su paraíso. Las luces estaban encendidas. Brillaban en las ventanas y en el jardín.

Cord detuvo el coche y volviéndose hacia la mujer, balbució:

—Las dejé encendidas para que te dieran la bienvenida, amor mio. Ven.

Descendieron del coche, Él la tomó de nuevo en brazos y besándola casi con ferocidad susurró:

—Como una novia... en brazos. Como la primera vez que entramos juntos. ¿Recuerdas?

Susane asintió, incapaz de hablar.

Así, en vilo, abrazada al cuello de aquel hombre que había amado a través del tiempo, de las torturas y la distancia, atravesó ese jardín que creyó no volver a ver jamás.

El caminaba cada vez con más firmeza, con más ansia, impaciente por recobrar lo que también había creído perdido para siempre...

FIN



**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
ASEGURE LA RESERVA  
DE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.**

